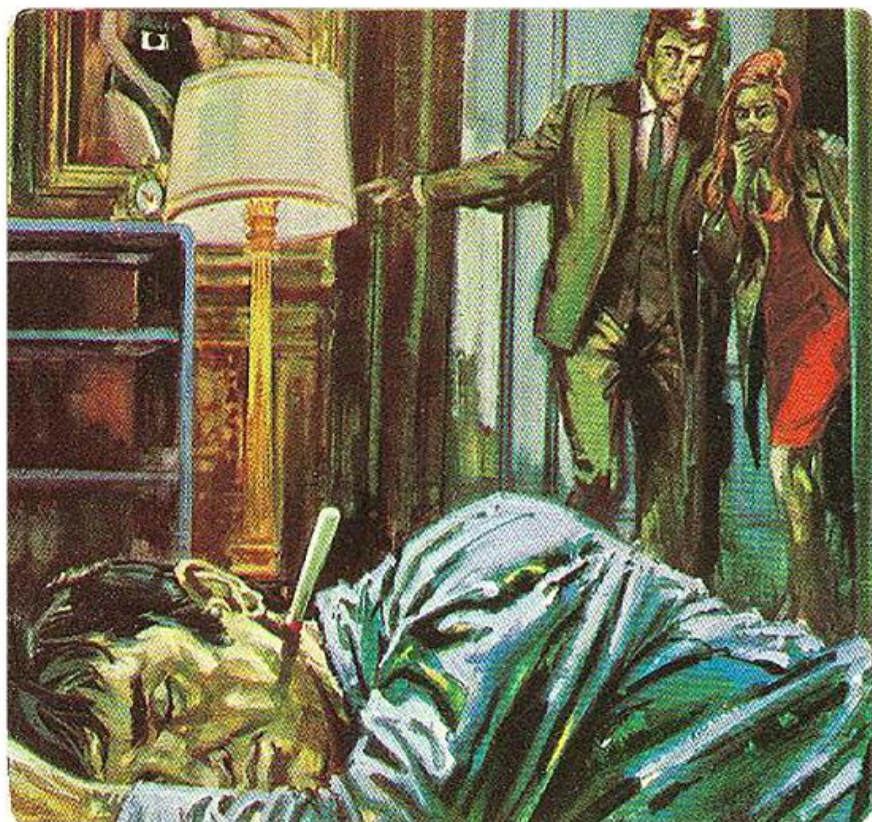




Lou CARRIGAN

LA RUTA DE LA FORTUNA





eb

LOU CARRIGAN

LA RUTA DE LA FORTUNA

Colección LA HUELLA n.º 21
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 55.841 – 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: marzo, 1975

© Texto: Lou Carrigan - 1975

**Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974**

CAPÍTULO PRIMERO

—Jaque mate —dijo Archibald.

Mientras decía esto, retiraba la mano que había utilizado para colocar la pieza definitiva en el lugar de sentencia. Luego, miró con expresión impávida a Alan Young Cooper, el cual, a su vez, fruncido el ceño, contemplaba la disposición de las piezas en el tablero de ajedrez.

Pese a su buen temple de clásico inglés impenetrable e inmutable, a Alan Young Cooper se le notaba que estaba bastante mosqueado. Al menos, lo notaba Archibald, que, aprovechando que Alan no le miraba, se permitió una sonrisita. Pero una sonrisita de afecto tan grandioso que habría enternecido a un pedrusco.

—De modo que jaque mate... —masculló Alan.

—Si, señor. Con su permiso, señor.

Alan Young Cooper le dirigió una rápida y torva mirada... Luego, se Concentró en la jugada, buscando desesperadamente una salida a la trampa... Salida que, ciertamente, no existía. Más que jaque mate, la jugada de Archibald había sido un auténtico fusilamiento, una ejecución.

—Jaque mate, ¿eh?

—Si el señor me lo permite —murmuró Archibald.

Esta vez, la mirada de Alan a Archibald fue fulminante.

—Pero hombre, maldita sea, ¡qué demonios te voy a permitir...! ¿Cuándo has visto tú que un mayordomo se atreva a ganarle una partida a su amo?

—Debe ser cosa de los nuevos tiempos, señor. Lo lamento.

—Oye. —Alan le apuntó con un dedo—, pitorreos encima, no, ¿está claro? ¡Tú no lamentas nada!

—Hay muchas cosas que lamento, señor.

—¿Sí? ¿Qué cosas?

—Pues, por ejemplo, señor, yo soy feo. En cambio, usted es guapo. Si el señor me permite expresar mis sentimientos, diré que yo habría preferido no saber jugar al ajedrez y, en cambio, ser tan guapo y joven como el señor.

—Hoy estás de pitorreo a lo grande, ¿eh?

—De ninguna manera, señor. Veamos las cosas en su justa perspectiva: yo tengo cuarenta y cinco años, soy más bien feo, y, como suele decirse, carezco de porvenir; es evidente que no podré ser nunca otra cosa diferente a lo que soy ahora, esto es, un modesto mayordomo. No doy para más, señor. En cambio, el señor ha cumplido veintisiete años este verano, tiene el título de abogado, lo cual, obviamente, indica su paso por la universidad. El señor es alto, guapo, elegante, inteligente, y sin la menor duda, dispone de todo un gran futuro por delante. Considerando todas estas circunstancias, me atrevo a decirle al señor que, cuando menos, se me otorgue la compensación misérrima de jugar al ajedrez mejor que el señor... Jaque mate.

Alan Young Cooper, un metro ochenta y cuatro de estatura bien provista de finos músculos desarrollados en el atletismo universitario, cabellos rubios y largos, ojos grises y grandes de mirada amable y sin la menor duda inteligente, gran boca viril y simpática, y barbilla sólida como una montaña, volvió a fruncir el ceño.

—Archibald —refunfuñó—: quiero un *scotch*.

—Se lo serviré inmediatamente al señor. —Archibald señaló el tablero como si quisiera perforarlo varias veces con el dedo—. Me permito recordarle al señor que le estoy dando jaque mate.

—¿Qué?

—Jaque mate, señor.

—¡Ah! Bueno, ¿y qué?

—He ganado la partida, señor.

—Está bien, está bien... Te debo otras cinco libras. Anótalas para final de mes.

—¿De qué mes, señor?

—De éste, naturalmente.

—Magnífico, señor. Le serviré el *whisky*. ¿Me permitiría el señor celebrar mi victoria adecuadamente, esto es, compartiendo el

whisky con el señor?

—Un inglés, es, ante todo, un deportista, Archibald: permiso concedido.

—Muchísimas gracias, señor. ¿Utilizamos los vasos importados de Venecia, señor?

—Por supuesto. Con el hielo especial traído de Groenlandia, naturalmente.

—Naturalmente, señor.

Archibald se puso en pie, y se dirigió al mueble-bar. Alan Young Cooper dedicó todavía unos segundos a convencerse de que el jaque mate era sin remisión. Luego, se puso en pie, se arregló un poco el batín, y se acercó a la ventana, para echar un vistazo al exterior. Londres, noviembre, ocho de la noche y lloviendo. Suficiente para encoger el ánimo a una tortuga acuática... Al menos, esto es lo que pensó Alan Young Cooper.

—El *whisky*, señor.

—Gracias, Archibald. Estaba pensando que Londres no es precisamente una maravilla, en cuanto a clima.

—En efecto, señor. Aunque soy londinense hasta el tuétano de los huesos, debo admitir que Londres es triste, deprimente, húmedo e irritante. ¿Me permite brindar a la salud del señor?

—¿Acaso tienes deseos de morirte, Archibald?

—Con toda la franqueza que la larga convivencia me permite, le diré al señor que mis deseos son bien diferentes.

—Entonces, brindemos a la salud de los dos.

—El señor es sumamente amable y generoso. Gracias, señor.

Bebieron un trago cada uno. Luego, Alan Young Cooper se quedó mirando el resto del *whisky*.

—¿De qué marca es? —Gruñó.

—De la mejor, naturalmente, señor.

—Pues sabe a demonios.

—Quizá sea debido al hielo de Groenlandia, señor. Cabe la posibilidad, aunque debo admitir que un tanto remota, de que en esos pedazos de hielo de Groenlandia hubiese permanecido una desdichada temporada algún pescado, foca u oso muerto, en cuyo caso, evidentemente, el *whisky* sabría a demonios, en efecto.

Es una explicación convincente. Archibald..., ¿te gustaría emprender un largo viaje de vacaciones?

—¿Vacaciones, señor?

—Sí, sí... Unas largas vacaciones. A lugares donde hubiese mucho sol. Podríamos empezar por España, pasar a Marruecos, y de allí saltar a Miami; el viaje podría proseguir por Acapulco, quizá de allí a Río de Janeiro, o quizá sería más agradable la ruta de los Mares del Sur: las Hawaii, Tahití... Algo así.

—Es una idea excelente y muy bien expuesta, señor. Sin embargo, tropezamos con una seria dificultad: los negocios del señor. No es posible abandonarlos con tanta indiferencia, señor... Y ya que ha mencionado España, le diré un refrán que tienen por allí... Los españoles dicen que el ojo del amo engorda el caballo.

Alan se quedó mirando, atónito, a Archibald.

—¿Un ojo engorda un caballo? ¿Quieres decir que los caballos españoles se comen los ojos de sus amos?

—No exactamente, señor. Es un modo de hablar... Se trata de indicar que los negocios van bien cuando es el amo el que los dirige, en lugar de dejarlos en manos mercenarias.

—¿De veras? —Se pasmó Alan—. ¡Pues vaya un modo de hablar!

—Nosotros también tenemos nuestras peculiaridades idiomáticas, señor. Por ejemplo, a la niebla de Londres la llamamos *puré de guisantes*. El señor comprenderá que si a un español le decimos que en Londres tenemos siempre *puré de guisantes*, pensará que le estamos invitando a comer.

—Pues es verdad —sonrió Alan—. Sí, quizá deberíamos ir a España, a darnos una vuelta, y conocer mejor a los españoles, que son unos, unos... ¿Cómo dicen ellos que son, Archibald?

—Unos tíos cojonudos, señor.

—Sí, eso.

—Pero, lamentablemente, señor, los negocios...

—¡Ah, sí...! Bueno, qué le vamos a hacer. Tendremos que esperar un momento más oportuno para dejar mis negocios en manos mercenarias... ¿Qué tenemos hoy, para cenar?

—Tengo la certeza de que la cena será del agrado del señor.

—Espero que no me hayas preparado langosta a la americana.

—Por supuesto que no, señor.

—Ni caviar... ¡Santo cielo, detesto el caviar, desde aquella vez en que me regalaron un barco lleno hasta la borda! Y nada de

carnes rojas, ya lo sabes.

—Es tiempo propicio para la caza, pero he preparado al señor un menú más fácil de digerir. Y por supuesto, más exquisito.

—Está bien... Sé que no me defraudarás. Eres el mejor mayordomo del mundo, Archibald.

—Por eso estoy a su servicio, señor. De todos modos, agradezco infinito sus elogios continuados. Precisamente, estaba pensando el otro día que quizá convendría decorar de nuevo el salón azul... Su estado deja mucho que desear con respecto al resto de la mansión, señor.

—Estudiaremos esa cuestión. Y hablando de renovaciones en esta casa... ¿qué me dices de mi vestuario?

—Eso también está en estudio, señor. Por el momento, puede usted disponer del necesario equipo para presentarse dignamente en sus reuniones, conferencias, y demás eventos de importancia comercial. ¿Le parece bien al señor que sirva la cena?

—Desde luego. Esa partida de ajedrez la ha retrasado mucho... Y quizá deberías encender la chimenea del salón.

—Como guste el señor. Con su permiso... Voy a dar las órdenes oportunas a la servidumbre.

—Perfecto, Archibald.

Archibald abandonó la estancia, y Alan Young Cooper volvió a mirar por la ventana. No había *puré de guisantes*, pero daba asco, de todos modos. Movi6 la cabeza, admirado al pensar lo del *ojo del amo que engorda el caballo*; pero, verdaderamente, lo del *puré de guisantes* también tenía su intrínquilis...

Abajo, en la calle, se detuvo un taxi, y, a falta de cosa mejor que hacer. Alan Young Cooper se quedó mirándolo, aunque, eso sí, con aristocrática indiferencia...

* * *

El taxi se detuvo delante de aquel edificio cuyas señas había dado al chófer, y Melisa Owens abrió su bolsito, sacó monedas y billetes, y pagó la carrera. Luego, vacilante, miró hacia el exterior. Bueno, de todos modos, la distancia a recorrer era tan corta que apenas tendría tiempo de mojarse.

Salió del taxi, cruzó rápidamente la acera, y entró en el portal de aquel antiguo, señorial..., y bastante deteriorado edificio. Estaba en

el 111 de Victoria Street, barrio de Pimlico, pero lo que sugería aquel edificio era una labor no muy lejana para una empresa dedicada a derribos.

Melisa Owens localizó los buzones, se acercó a ellos, buscó el nombre que le interesaba:

—Cooper... Cooper... Coop... ¡Ah, aquí está!

Subió las amplias y desvencijadas escaleras, en otros tiempos dignas de admiración, y llegó al primer piso. Apartamento C... Allá estaba. *¡Ding-dong!*, sonó el timbre, cuando Melisa lo apretó con un encantador dedito sonrosado.

La puerta se abrió, y Melisa abrió la boca... Se quedó así, mirando embobada como nunca en su vida al hombre; un gigantón rubio, guapísimo, de ojos grises, que llevaba un batín rojo rabioso. Era un hombre tan fantástico que Melisa Owens, simplemente, parecía haber quedado paralítica para siempre, debido al psmo.

El hombre rubio y guapísimo adelantó una mano, extendió un dedo, y tocó la punta de la nariz de Melisa.

—Perdone —dijo, muy amablemente, el hombre guapísimo—. Me había parecido que alguien me había gastado la broma de dejarme tina estatua delante de la puerta. Pero usted es un ser vivo, ¿verdad?

—Quisiera ver al señor Cooper... ¿Vive aquí?

Soy yo. ¿Gusta pasar?

Se apartó, y Melisa entró en el apartamento. Había un feo vestíbulo, luego un pasillo, y por él llegaron a la sala de estar. El mobiliario era escaso, las paredes necesitaban un buen empapelado, o, por lo menos, una capa de pintura. Habla una vieja librería atestada de libروتes gordos, un viejo mueble-bar, un tresillo que había conocido tiempos mejores, una alfombra bastante raída, un solo cuadro, y, en un rincón, junto a una lámpara de pie que era la que proporcionaba la iluminación, había una silla y una de esas mesas metálicas de oficina para poner la máquina de escribir; también estaba la máquina de escribir, por supuesto. Entre los dos sillones del tresillo había una mesita, en la cual se veía un tablero de ajedrez, todavía con las piezas distribuidas sobre él...

—¿Ha venido a comprarme el apartamento?

Melisa volvió a respingar.

—No..., No, señor, no...

—¡Ah! ¿Entonces...?

Melisa parpadeó, como queriendo ocultar la impresión que le produjo el rojo batín del hombre guapo, observado con más atención, se veía que era viejo, gastado, incluso un poco raído... Muy limpio, eso sí, pero...

—Ya veo: lo que le interesa, es mi batín.

—¡No, no! —Casi gritó Melisa.

—Me permito dudar que una chica tan bonita como usted sea tonta —dijo amablemente Alan Young Cooper—, pero, querida mía, eso es lo que usted me está pareciendo. Si me dice quién es y qué desea, quizá lleguemos a alguna conclusión.

—Me llamo Melisa Owens, y he venido aquí en busca del señor Tamblyn.

Alan Young Cooper se quedó estupefacto.

—¿Ha venido a mi apartamento a buscar al señor Tamblyn? ¿Por qué? Yo creo que debió ir al apartamento de él, ¿no?

—Es... es que ya... ya estuve allí, y no está.

—¡Ahora comprendo! Usted ha ido a buscar al señor Tamblyn a su apartamento, y como él no estaba allí, se ha dicho: ¡pues nada, seguro que está en el apartamento de Alan Young Cooper...!, ¿verdad?

—No... No exactamente. Es que me... me atendió una criada y me dijo que... que el señor Tamblyn había salido hoy de su domicilio con intenciones de venir a visitarlo a usted.

—Eso ya es más sensato. Pero no: el señor Tamblyn no ha venido por aquí. Lo siento, señorita Owens. Pero espere: puedo darle el número, señorita Owens, de la United Philatelics. El señor Tamblyn...

—No, no... Su criada ya llamó allí, y no contestó nadie.

—¡Ah! En ese caso, no cabe duda de que esta noche nadie ha acudido al club. Me gustaría ayudarla, pero no se me ocurre cómo... ¿Quiere llamar desde aquí al apartamento del señor Tamblyn, por si él hubiese regresado, mientras tanto?

—Es usted muy amable, señor Cooper. Sí... Si me lo permite, llamaré...

—No faltaba más.

Alan señaló el teléfono, situado a la derecha de la entrada a la sala de estar, y Melisa Owens fue allá, descolgó el teléfono, alzó un

dedito hacía el disco..., y se quedó inmóvil, escuchando aquel ruido extraño que se acercaba por el pasillo... Algo así como un rocotoc-toc-toc, rocotoc-toc-toc, rocotoc-toc-toc. Y a los pocos segundos apareció un hombre vestido muy seriamente con levita, empujando un carrito en el que se veían platos y bandejas cubiertas. Pese a lo cual, el olor que llegó al olfato de Melisa le pareció estupendo.

—Señor —dijo el hombre vestido de mayordomo—, la cena está lista para ser consumida.

—Gracias, Archibald —contestó Cooper—. Huela muy bien.

—¡Ah, señor!, ya le dije que quedaría muy satisfecho. Natía de langosta, caviar, caza...

Por cierto, señor: he estado pensando en ese viaje de placer alrededor del mundo.

—¿Sí? ¿Qué has pensado?

—Bien... Quizá, considerando las circunstancias, sería conveniente un cambio de aires para el señor. Siempre cabe la posibilidad de que el señor encuentre personal adecuado y fiel que pueda atender como es debido sus grandes negocios. Ese personal, quizá, podría instalarse en uno de los palacios de las afueras de Londres; naturalmente, montando allí un conjunto de oficinas electrónicas de alto rendimiento... Espero que el señor encuentre en el salmón la cantidad justa de limón... ¿Será tan amable el señor, de probarlo?

Archibald alzó una de las tapas de bandeja, muy dignamente, y siempre de espaldas a Melisa Owens, que le contemplaba como si fuese un fantasma. Conteniendo una sonrisa, Alan se acercó, tomó un pedacito de pan, lo untó de huevo frito con tomate, y se lo llevó a la boca con gesto digno de un rey. Masticó, frunció el ceño, vaciló, se pasó el pan con huevo frito al otro lado de la boca...

—Archibald: excelente.

—Gracias, señor. ¿Bien condimentado, señor?

—Magníficamente condimentado. Naturalmente, es salmón de los ríos de Escocia.

—¡Naturalmente, señor! Traído esta misma tarde en una de las avionetas del señor. En cuanto a la mantequilla, que el señor puede degustar, llamé esta mañana a su administrador de las granjas del Sur, y le dije que era intolerable su comportamiento: ¡nos había enviado mantequilla hecha con leche de vacas delgadas, señor!

Como es lógico, se la devolví, y exigí que en el acto, utilizando uno de los helicópteros del señor, enviase la mantequilla adecuada. En cuanto al vino... ¡Ah, el vino! De la más apreciada reserva del cincuenta y siete, señor... ¿No quiere probarlo?

—Lo probaré —sonrió Alan, tras mirar de reojo a Melisa.

Tomó el bote de cerveza, arrancó la lengüeta, y se echó un chorro a la boca. Luego, asintió, complacido.

—En efecto: del cincuenta y siete... Pero quizá proceda de viñedos situados demasiado al Norte, Archibald. Y prosiguiendo con los viajes: ¿qué te parece si diésemos permiso al resto de la servidumbre y tú y yo nos fuésemos solos, en el yate pequeño?

—Magnífica idea, señor. Podríamos ir a una de sus propiedades del Sur de Francia, dónde el vino...

Archibald, que se había movido para acercar una silla al lugar donde había dejado definitivamente la mesa rodante, vio entonces a Melisa Owens, que le contemplaba con los ojos desmesuradamente abiertos, el auricular en una mano, y un dedito de la otra apuntando todavía al disco.

Te presento a la señorita Owens —dijo Alan, muy serio—. Por supuesto, pertenece a la corte de palacio, y ha sido enviada aquí por la Reina Isabel para invitarme a pasar unos días en tinos de sus palacios.

—¡Ah! —El mayordomo no se inmutó lo más mínimo—. Pero quizá el señor esté demasiado ocupado estos días. Claro que tratándose de la Reina... A propósito, señor: todavía no hemos aceptado la amable invitación del rey de Sandalia a permanecer en su palacio de la selva, un par de semanas... Y opino que dos semanas de cacería por la selva sentarían muy bien al señor.

—Ni siquiera recordaba al rey de Sandalia —dijo con señorial displicencia, Alan; miró a Melisa y frunció el ceño—. Es evidente, señorita Owens, que tiene usted vocación de estatua.

—¡Oh! —Se sonrojó Melisa—. ¡Oh!

—Pues no —se decepcionó Alan—, porque veo que se mueve... ¿No funciona el teléfono?

—Sí, sí... Supongo que sí...

—Entonces, marquemos el número del señor Tamblyn. —Alan se acercó, tomó la mano de Melisa, y la acercó al disco, introduciendo la punta del dedito en el hueco del primer número—. Vamos a ver

si tenemos suerte. Esto es... Ahora otro... Y otro... ¡Oiga, sabe usted marear muy bien el número, señorita Owens! ¡Qué criatura más deliciosa! ¿Te parece bien que la invitemos a cenar, Archibald?

—De sobra sé que el señor tiene preferencia por las bellas jovencitas que saben marcar adecuadamente un número telefónico... Encantadora criatura, es verdad. La invitaremos, señor.

—¿Oiga...? —decía en aquel memento Melisa—. ¿Es el apartamento del señor Tamblyn?

—...

—Quisiera saber si el señor Tamblyn ha regresado, o ha dejado algún recado para mí... Estuve ahí antes: Melisa Owens.

—...

—¡Ah...! Bien, gracias. Sí... Volveré a llamar, sí. Gracias.

Colgó, y se quedó mirando a Alan, que estaba llegando a la conclusión de que, en efecto, Melisa Owens era una jovencita pelirroja de lo más encantador, con aquellos ojazos verdes y un cuerpo que, ciertamente, podría envidiar la más perfecta y sugestiva estatua.

—El..., el señor Tamblyn no está.

—Magnífico. De este modo, usted se podrá quedar a cenar con nosotros Espero que le guste el salmón de Escocia.

—No sé... ¡Oh, yo tengo que marcharme!

—¿Rechaza mi invitación?

—Es... es que..., ¡tengo que marcharme!

—Admiro a las personas que saben tomar decisiones caiga quien caiga —elogio Alan—. ¿Me concede el honor de acompañarla personalmente a la puerta?

En aquel momento, sonó el teléfono, y Archibald se acercó a atender la llamada.

—Mansión Young Cooper... ¿Diga?

Melisa Owens se dirigió a la salida casi corriendo, pero Alan la asió por un brazo cuando pasó junto a él.

—Tenga cuidado —recomendó—: podría usted tropezar con una de las armaduras que hay en el pasillo... Permíteme.

Salieron al pasillo, donde, por supuesto, no había armadura alguna, y sí paredes desnudas y que hacía mucho tiempo precisaban ser pintadas, y una simple bombilla que pendía tristemente del techo.

—A la derecha —señaló Alan la pared—, mi madre, mi abuela y mi bisabuela. A la izquierda, mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo... Los cuadros fueron pintados, claro está, por los mejores artistas de cada época. En cuanto a las armaduras...

Melisa Owens se soltó de un tirón, corrió hacia la puerta, la abrió, se volvió a mirar a Alan Young Cooper con los ojos casi fuera de las órbitas, y cerró..., privando así a Alan del bello espectáculo que significaba su personita.

—Efectivamente, la señorita Owens debe tener prisa —reaccionó, por fin, Alan—. Otra vez será.

Regresó hacia la sala de estar, donde en aquel momento, Archibald colgaba el teléfono, con gesto digno.

—¿Cenaremos solos, señor?

—Así es, Archibald. ¿Quién era?

—El señor Richard Swanson, uno de los socios de la United Philatelics. Está en su tienda, a la cual acaba de regresar de un corto viaje.

—Ya. ¿Qué quería el señor Swanson?

—Como resulta que el señor es abogado de la United Philatelics, y el señor Swanson no tiene abogado particular, requería la presencia del señor en la tienda, para que le apoye cuando llegue la policía.

—¿La policía va a ir a la tienda de Swanson? ¿Por qué?

—El señor Swanson la ha llamado.

—¿Por qué motivo?

—Dice que al llegar se ha encontrado a su socio, el señor Tobiah Sterne, asesinado. Lo cual podría ser un caso interesante para el señor, si me permite decirlo.

—Ya sabes que yo sólo atiendo casos de gran envergadura. Un simple asesinato no va a privarme de la succulenta cena que las cocineras francesas han preparado bajo tu dirección.

—Como guste el señor... ¿Me permitiría el señor, demostrando una vez más su gran magnanimidad, compartir la mesa con el señor?

—Naturalmente que sí, viejo amigo. Bien... ¡Vamos con ese salmón de Escocia! Se sentaron frente a frente ante la mesita rodante, y la emprendieron con los huevos fritos con jamón de York, las patatas asadas, y la cerveza.

—Bien —miró Alan a Archibald seriamente—. ¿Quién era?

—¿Al teléfono, señor? Ya se lo he dicho al señor.

Alan Young Cooper se quedó a medio masticar el trozo de pan con huevo frito, con tomate y jamón.

—Pero..., ¿era en serio?

—Naturalmente, señor.

—¿Han asesinado al señor Tobiah Sterne?

—En efecto, señor.

—¡Por todos los...! ¡Has debido decírmelo!

—Me permito recordarle al señor que se lo he dicho.

—¡Pero yo creía que estabas siguiendo el juego de las grandezas!

—aulló, poniéndose en pie de un salto—. ¡Creí que seguías jugando a...! ¡Maldita sea tu estampa! ¡Tenemos que ir allá inmediatamente!

—Se enfriará el salmón, señor.

—¡Vete al cuerno, bobo!

Alan echó a correr hacia su dormitorio, entró, abrió el desvencijado armario y sacó el único traje que había en él cuidadosamente cepillado y planchado, por supuesto. Se vistió rápidamente, refunfuñando cosas que no le habrían gustado al buen Archibald, y corrió hacia, la puerta, donde el mayordomo le esperaba con el sombrero y el paraguas.

—¿Me permitiría el señor que condujese su «Rolls & Royce»?

Alan le miró, suspiró, alzó los ojos al cielo, y dijo:

—El señor te permite conducir su «Rolls & Royce».

—Muy agradecido, señor.

Salieron del viejo edificio, fueron casi hasta la esquina, donde tenían estacionado el vetusto «Morris», y se metieron dentro. El mayordomo se puso los guantes de conducir, movió los dedos como si se dispusiera a tocar el piano, y dio el encendido.

Pasmo de pasmos: el motor se puso en marcha a la primera.

CAPÍTULO II

—Me permito recordarle al señor que debe abrir el paraguas.

—El señor te agradece tus constantes desvelos. Vamos a ver qué está pasando ahí.

Estaban en War Wick Square, y, evidentemente, algo estaba pasando, ya que a pesar de la hora y del desagradable tiempo, habían curiosos delante de la tienda donde los socios Richard Swanson y Tobiah Sterne realizaban sus negocios filatélicos; quizá, atraídos por los dos coches de la policía, y por la ambulancia que estaba delante mismo de la tienda.

Alan Young Cooper no tuvo dificultad alguna para llegar ante la puerta de cristales. Allí, se encontró con un policía de uniforme, que lo miró amablemente.

—Soy el abogado del señor Swanson —se presentó Alan—. Me ha llamado por teléfono.

—Tenga la bondad de pasar.

Apenas entrar en la tienda, se le acercó otro policía de uniforme, al que Alan dio la misma explicación. El policía asintió.

—Espere un momento, por favor.

—Muy bien.

Se dedicó a mirar alrededor, esperando el regreso del policía, que había pasado tras el mostrador para entrar en la trastienda, de donde llegaba luz, voces, y fogonazos de los *flashes*. Frunció el ceño... Ciertamente, no hacía falta ser policía para darse cuenta de que la tienda había sido desvalijada, casi por completo. Alan había estado un par de veces allí con anterioridad, y recordaba las estancias con abundantes álbumes llenas de sellos. Ahora quedaban apenas media docena, y por supuesto, debían ser sellos de escaso valor en el mercado filatélico...

—¿Señor Cooper? —Oyó.

Se volvió hacia el mostrador, tras el cual había ahora un hombre alto, delgado, de rostro largo y gran mostacho caído, que le miraba muy atentamente.

—Sí.

—Soy el inspector Woolf, de New Scotland Yard. Sus clientes, el señor Swanson, me ha informado de su nombre. ¿Quiere pasar, por favor?

—Gracias.

Rodeó el mostrador, agradeció con un gesto la cortesía de Woolf al cederle el paso, y entró en la trastienda. Habían más hombres allí, de paisano, y dos policías de uniforme. Richard Swanson estaba sentado en una silla, mirando hacia la puerta, y se puso en pie velozmente al ver a Alan. Era un tipejo entre gracioso y ridículo, con su elegancia llamativa y su monóculo de un viejo cuadro.

—¡Señor Cooper! —aulló—. ¡Tiene usted que...!

—Cálmese, señor Swanson. —Alan sea cercó, y le palmeó un hombro amistosamente—. Las cosas se resuelven siempre mejor con serenidad, que con histerias.

—¡Yo no he matado a Tobiah! —gritó Swanson.

Alan parpadeó. Miró hacia donde estaba el cadáver, tendido casi en el centro de la trastienda, donde había una gran mesa con álbumes vacíos, y sobres de plástico. Se acercó al cadáver, y miró su rostro amoratado, sus ojos saltones y aterrados, la boca hinchada, con la lengua sobresaliendo... No había duda de que había sido estrangulado.

Movió la cabeza, se incorporó, y miró alrededor. De pronto, miró al inspector Woolf, que le contemplaba con curiosidad.

—¿Debo entender, inspector, que usted ha acusado a mi cliente de este asesinato? —preguntó suavemente.

—Claro que no —gruñó Woolf.

—¡Ah! Entonces, señor Swanson —miró al hombre del montículo—, ¿por qué está usted tan nervioso, tan excitado, gritando su inocencia?

—No... no... no sé... ¡Yo no he sido!

Alan dirigió una mirada de complicidad al inspector Woolf.

—¿Me permitiría hablar unos minutos a solas con mi cliente, inspector?

—Por supuesto —farfulló Woolf.

—Gracias.

Alan se acercó a Swanson, le pasó un brazo por los hombros, y se lo llevó a un rincón.

—¿Por qué me ha llamado a mí, señor Swanson? —se interesó.

—Bueno... Usted es el abogado del club United Philatelics, así que pensé... Bueno, puesto que es el abogado del club, es mi abogado, ¿no?

—Quiero recordarle, señor Swanson, que quien paga mis honorarios mensuales es el club, sólo por servicios prestados a los socios en calidad de tales, y siempre por cuestiones relacionadas directamente con el club, tales como la preparación de estatutos, derechos de los socios, tramitación de documentos... Y esto no es nada de eso, señor Swanson: es un asesinato. ¿Cómo se le ha ocurrido llamarme a mí, que soy un joven abogadoucho sin experiencia en estos casos?

—Es que... ¡usted es el único abogado que conozco!

—Hombre, muchas gracias —masculló Alan.

—Qui..., quiero decir... Bueno, estaba tan asustado... Claro que ahora que lo pienso... No es necesario que usted se moleste en...

—Señor Swanson: desde hace tres años, es decir, desde que obtuve mi título, estoy esperando una oportunidad como ésta. Soy un hombre ambicioso: quisiera comer de verdad salmón de Escocia, tener una hermosa casa, una cocinera, y un «Rolls & Royce».

Mientras espero esa oportunidad, estoy viviendo de sueños y esperanzas con mi amigo Archie... Y quizá la oportunidad haya llegado para mí. ¿Me comprende?

—Me parece que..., que no muy bien, lo siento.

—Se lo diré más claro, entonces: sí intervengo en este caso de asesinato y tengo éxito en algún modo, es posible que mi suerte cambie, que me haga más o menos famoso, y que ése sea el primer paso para ir organizando un bufete de envergadura. ¿Lo entiende ahora?

—Sí... Ahora, sí.

—Muy bien. Por lo tanto, si usted me lo permite, sí voy a molestarle en seguir en este caso. ¿Me lo permite?

—Pe..., pero es que, realmente, bien mirado..., ¿qué puede

hacer usted, señor Cooper?

Alan Young Cooper alzó las cejas y se rascó la coronilla.

—Pues no lo sé —admitió—, pero de momento, trabajo, que no es poca cosa.

—¿Quiere decir que normalmente... no tiene trabajo?

—¡Pse...! Voy haciendo cosillas aquí y allá. Pero empecemos: dice que usted no ha matado al señor Sterne, Bien, ¿tiene lo que suele llamarse una coartada?

—Sí... Sí.

—¿Seguro? —entornó los ojos Alan.

—Sí, claro... Seguro.

—Explíquemela, por favor.

—Estuve en Oxshott. Fui allá a comprar una colección de sellos a un particular. Llegué aquí poco después de las ocho. Quería dejar la colección en la caja fuerte de la tienda... Vi luz, y pensé que Tobiah se había quedado para clasificar los sellos adquiridos durante el día de hoy. Lo hacemos una semana cada uno... Bueno, entré y fui a la trastienda, pensando en reprochar a Tobiah que dejase la puerta de la tienda abierta a estas horas. Y entonces, lo..., lo vi, ahí, tendido en el suelo... Lo primero que hice fue, llamar a la policía. Luego, me acordé de usted, y...

—Sí, entiendo. ¿A qué hora compró usted esa colección?

—No sé... Alrededor de las siete. Quizá fuesen las siete menos cuarto, quizá las siete y cuarto... Algo así.

—¿A quién se los compró?

—Pues a un tipo muy raro, que dijo llamarse Barry..., Leonard Barry. Me había llamado por la mañana a mi casa, y me dijo que tenía una colección interesante para vender a buen precio, pues necesitaba el dinero con urgencia. Me citó en un café llamado Goldhand, en Oxshott, entre las seis y media y las siete. Comenté el asunto con Tobiah, y llegamos a la conclusión de que no se perdía nada con que yo me diese un paseo en coche hasta allá. Así que fui.

—De acuerdo. ¿Ese Leonard Barry vive en Oxshott?

—No lo sé —parpadeó Swanson—. Bueno, yo supuse que sí, claro, pero no lo sé con seguridad. Realizamos la transacción, salimos del Goldhand, yo me metí en el coche, y él en el suyo, que le estaba esperando...

—¿Le estaba esperando? Bueno, los coches siempre esperan,

señor Swanson.

—Qui..., quiero decir que me pareció que había alguien en el coche, esperando. Pensé que era su mujer, o algo así, y claro, no tenía por qué interesarme en ello.

—¿Había una mujer dentro del coche?

—No, no. Yo vi a una persona, sé que había alguien, pero ni aunque me matasen podría decir si era hombre o mujer.

—Ya. Bueno, ahora tranquilícese, y vamos a ver qué dice el inspector Woolf, porque, a lo mejor, nosotros nos estamos preocupando mientras que él no tiene la menor intención de acusarle. Lo malo de estos casos es que cuando muere un socio, las sospechas recaen automáticamente sobre el otro o los otros.

—¡Yo no he...!

—No ha sido, lo sé. Voy a charlar con el inspector.

Mientras ellos hablaban, el forense, que había estado esperando a que tomasen las fotografías, había examinado el cadáver, y en aquellos momentos conversaba con el inspector Woolf, que le escuchaba con gran atención. También, el forense quedó silencioso cuando vio a Alan acercarse. Y en seguida, terminó:

—Eso es todo por el momento. Veremos si la autopsia lo confirma.

Se marchó, y apenas salir él, entraron dos camilleros que se dispusieron a cargar el cadáver en la camilla. Alan todavía esperó a que se llevasen a Tobiah Sterne, antes de preguntar:

—¿Qué dice el forense?

—Que el señor Sterne está muerto.

Young Cooper sonrió simpáticamente.

—Es una respuesta adecuada a un tonto fisgón como lo soy yo.

—Es sólo que pienso que cada uno debe hacer su trabajo, señor Cooper. Nada personal, compéndalo.

—¡Lo comprendo! ¿Qué piensa hacer respecto a mi cliente?

—Nada. —Woolf sonrió, como tomándose a broma el asunto.

—Gracias. ¿Le explicó él su coartada?

Pareció que Woolf fuese a echarse a reír, pero mantuvo el bigote con gran seriedad.

—En efecto. Bueno, más o menos. Si necesito más detalles, se los pediré al señor Swanson. Por el momento, vamos a trabajar en otro sentido.

—Lo suponía.

Una chispa de interés pareció estallar en los ojos del inspector de New Scotland Yard.

—¿Lo suponía, señor Cooper? ¿Por qué?

—Yo diría que para estrangular a una persona como el señor Sterne hace falta tener mucho más poder físico del que tiene el señor Swanson.

—¡Oh! Sí, claro... A menos que antes le hubiesen golpeado en la cabeza con un objeto contundente, ¿no le parece?

—¿Eso es lo que ha dicho el forense? —saltó Alan.

—Señor Cooper, me está usted acribillando a preguntas, pero yo no puedo darle respuestas, por ahora. En cambio, me voy a permitir hacerle una pregunta yo a usted. Veamos: ¿conoce usted a alguien que sea capaz de matar, por unos cuantos sellos usados?

—Me parece —musitó Alan— que usted no entiende gran cosa de filatelia, inspector.

¿Acierto?

—Por completo. ¿Conoce a alguien capaz de matar por eso?

—Esto de la filatelia es mucho más complejo de lo que la gente cree. Para mí, los sellos solamente sirven para enviar la correspondencia, pero como abogado de la United Philatelics puedo decirle que he presenciado allá verdaderas tormentas de discusiones...

—¿Por la posesión de un sello determinado?

—No, no... Discutían sobre una rayita, o una letra, o la calidad de la impresión... Mientras tanto, yo bostezaba.

—Señor Cooper...

—Sí, sí. Bien, contestando a su pregunta le diré que no me sorprendería que un filatélico se diese de bofetadas con otro por un sello. Ahora bien, eso de matar, pues... a mí, personalmente, me parecería llevar las cosas demasiado lejos.

—Entiendo.

—Y de todos modos, es evidente que quien ha matado al señor Sterne vino aquí a robar todos los sellos, o casi todos. Eso no lo haría un filatélico, me parece.

—¿Por qué no?

—Pues, un verdadero filatélico ya estaría en posesión de la mayoría de los sellos que se vendían en esta tienda. Si sólo quería

uno, o dos, o veinte, por ejemplo, ¿por qué cargar con todo? Eso lo haría, quizá, un ladrón que pensase luego venderlos, en lote, o por grupos, ¿no cree?

—No.

Alan se quedó mirando expectante a Woolf.

—¿Por qué no? —susurró.

—Al señor Sterne le golpearon en la cabeza, por detrás. Si esto lo hubiese hecho un ladrón, ahí habría terminado el asunto, Pero para mí, el hecho de que, después, ese ladrón se entretuviera estrangulando al señor Sterne, significa que éste lo había reconocido. Quizá sólo quería unos cuantos sellos determinados, pero se llevó los demás, precisamente para dar la sensación de que había sido un ladrón que se lo quería llevar todo, sin entender que algunos sellos son baratos y fáciles de adquirir. No valía la pena ir tan cargado.

—Entonces, usted me ha engañado antes —sonrió Alan—. No van a trabajar en otro sentido, sino que van a buscar a un filatélico capaz de matar.

—Es usted un muchacho sagaz —sonrió Woolf—. Y aprovechando que también es amable, le haré otra pregunta: ¿tenía el señor Sterne aquí, en la tienda, su colección privada?

—Lo dudo mucho. Pero eso podrá decírselo el señor Swanson, seguramente.

—Pues vamos a preguntarle.

Richard Swanson se quedó mirando a Woolf como si éste hubiese perdido el juicio.

—¡Claro que no! —exclamó—. ¡Una cosa es la tienda, y otra cosa bien diferente es nuestra colección privada, inspector! Aquí vendemos y compramos los sellos que ya no interesan para nuestra colección, pero de ninguna manera comerciamos con las nuestras privadas. Ni Tobiah ni yo hemos traído, jamás, nuestros sellos a la tienda.

—Ya. Usted es un experto, señor Swanson, ¿no es así? Y como tal experto, quizá podría decirme si la colección privada del señor Sterne tiene un valor superior a la de todos los sellos que hubiesen en esta tienda.

—¡Desde luego que tiene un valor superior!

—Entonces, el ladrón y asesino no ha sido muy listo, ¿verdad?

En lugar de venir aquí a cargar con un montón de álbumes, pudo ir a robar la colección privada del señor Sterne... ¡Maldito sea! —exclamó de pronto Woolf, palideciendo.

Alan y Swanson se quedaron mirándolo en verdad sorprendidos por el brusco cambio del cortés policía.

—¿Qué pasa? —se interesó Alan.

—¡No se muevan de aquí! ¡No se vayan!

—Pero antes ha dicho...

—¡No se vayan!

El inspector Woolf salió de la trastienda como disparado. Regresó segundos después, con gesto enfurruñado, y llamó con un gesto a uno de sus hombres, con el que estuvo cuchicheando unos segundos. El detective asintió. Luego, los dos se acercaron a Swanson y Alan.

—¿Dónde vive el señor Sterne? —preguntó Woolf.

—En el 24 de Dorset Road Kennington —informó, enseguida, Richard Swanson—. ¿Por qué?

Woolf miró a su detective, y éste salió rápidamente, sin decir palabra, mientras el primero decía:

—Vamos a ir allá, señor Swanson. Dígame una cosa: ¿vivía solo el señor Sterne?

—Sí.

—Menos mal —suspiró el inspector.

—¿Por qué dice eso? —se sorprendió Alan.

—Porque si hubiese vivido con alguien, y mis sospechas tienen algún fundamento, quizá habríamos tenido que lamentar la muerte de otra persona.

—Entiendo —murmuró Alan.

—¿De veras? —Se maravilló Woolf—. ¿Qué es lo que usted entiende, señor Cooper?

—Al hablar de la colección privada del señor Sterne, y que siempre la tiene en su casa, usted ha pensado que el asesino ha podido ir allí a robarla, también lo cual le habría resultado muy cómodo si después de matar al señor Sterne le hubiese quitado la llave de su casa y de la caja fuerte donde guarda la colección. ¿Le quitaron las llaves?

El inspector Woolf estaba verdaderamente admirado.

—¡No lo sé...! Cuando he salido hace un momento, la

ambulancia ya se había marchado. Por eso he enviado al detective Crane al depósito de cadáveres a recoger, cuanto antes, las pertenencias del señor Sterne en cuanto lo desnuden, Crane se reunirá con nosotros en el domicilio del señor Sterne..., si no tienen inconveniente en acompañarnos.

—Ninguno... ¿Verdad, señor Swanson?

—Claro que no —musitó éste.

—Creo que será más cómodo que cada cual utilice su coche —dijo Woolf—. Así, cuando nos despidamos, no habrán problemas de desplazamientos.

—¿Sus hombres no vienen? —señaló Alan a los policías que estaban trabajando allí—. No. Quizá aquí encuentren algo interesante.

* * *

Pero lo verdaderamente interesante, por el momento, lo encontraron en el domicilio privado del asesinado Tobiah Sterne, una vieja casa de dos pisos con un pequeño jardín delante..., y cuya puerta encontraron abierta.

También encontraron abierta la caja fuerte, de gran tamaño, donde era fácil comprender que Sterne había guardado sus mejores sellos. Era una caja de casi dos metros de altura, de compuerta gruesa y solidísima. Inexpugnable..., a menos, claro, que alguien dispusiera de la llave. Y ciertamente, alguien había dispuesto de la llave de la caja y de la casa.

Por eso, cuando el detective Crane llegó, con la noticia de que en los bolsillos del cadáver sólo habían hallado las llaves que sólo podían corresponder a un coche, su informe ya no era necesario. Crane comprendió esto al encontrar abierta la puerta de la casa. Luego, ya en el despacho de Tobiah Sterne, miró a Woolf, asintió con la cabeza, y encogió los hombros. Mala suerte... Si hubiesen pensado antes en ello, quizá habrían llegado a tiempo de atrapar al asesino en la casa de su víctima.

—Un asesino muy activo —murmuró Woolf—. Y muy seguro de sí mismo: sabía, en todo momento, lo que tenía que hacer... ¿Sigue usted creyendo que se trata de un ladrón más o menos casual, señor Cooper?

—No —murmuró Alan.

—Buscaremos alguna huella, también en esta casa —dijo Woolf, con evidente desgana—, aunque supongo que no vamos a encontrar nada. Sea quien fuere el asesino, sabe muy bien lo que está haciendo. Pero nuestro trabajo...

—¡Mi colección! —Respingó, de pronto, Richard Swanson—. «¡Mi colección!». ¡La tengo en una caja parecida a la de Tobiah!

Se lanzó como enloquecido hacia la puerta, y Woolf y Alan, tras mirarse, corrieron tras él, volviéndose el inspector hacia el detective.

—¡Crane, ocúpese de todo esto hasta que yo regrese!

* * *

Pero no.

En la casa de Richard Swanson no había ocurrido nada. Era, también, una casa independiente, más pequeña que la de Sterne, pero que, en cambio, tenía más grande el jardín, y, según explicó poco más tarde Swanson, disponía de una pequeña bodega donde guardaba vinos de gran calidad, reservados para ocasiones excepcionales...

—Pues no creo que hoy haya nada que celebrar —murmuró el inspector Woolf—. ¿Qué le parece si abre usted la caja, señor Swanson, para asegurarnos de que sus sellos están ahí?

Swanson abrió la caja, y por su suspiro, Woolf y Alan comprendieron que nada había ocurrido... Las palabras de Woolf sorprendieron a Swanson y a Alan:

—Quizá habría sido mejor que le hubiese robado también a usted sus sellos, señor Swanson.

—¿Qué..., qué dice...? ¡Usted está loco! —chilló Swanson.

—No —comprendió en seguida Alan—. No está loco, señor Swanson. Lo que el inspector quiere decir, es que sería mejor que le hubiesen robado los sellos, ahora, y no que se los puedan robar más adelante..., después de quitarle las llaves de su casa y de la caja fuerte.

Richard Swanson tardó todavía un par de segundos en comprender. Entonces, sus ojos se desorbitaron, su boca se abrió temblorosamente, y se dejó caer en un sillón.

Woolf movió pensativamente la cabeza.

—Quizá esto sea un caso aislado —murmuró—, pero sería

interesante que ustedes, los que tienen sellos de valor, pensasen en todas las cosas que pueden suceder. Bien, tengo mucho trabajo para esta noche, señores. Hasta la vista.

Richard Swanson y Alan Cooper quedaron solos en el despacho privado del primero, que continuaba con los ojos muy abiertos, como alucinado.

—Yo también me voy, señor Swanson —dijo Alan—. A menos que pueda hacer algo más por usted.

—No... No. Pe... pero ¿qué..., qué hago...?

—No lo sé, señor Swanson. Pero se me ocurre que quizá sería conveniente convocar a los socios de la United Philatelics en el club. Y eso, cuanto antes.

—Sí... Sí, entre todos quizá pensemos algo adecuado. Yo no estoy ahora en condiciones de pensar...

—Por el momento, bastará con que cierre la caja y esconda bien la llave. ¿Le parece que cite a los socios, a las cinco de la tarde?

—Sí, de acuerdo... De acuerdo.

—Muy bien. ¡Ejem...! Esto... ¿Tendría usted inconveniente en hacerme un anticipo sobre mis honorarios, señor Swanson?

—¿Sus qué?

—Mis honorarios como abogado particular de usted.

—Ah... ¡Oh, bueno...! ¿Realmente cree que lo voy a necesitar?

—No sé —sonrió, simpáticamente, Alan Cooper—; pero sí sé que yo necesito ese anticipo.

Richard Swanson casi consiguió sonreír.

—Comprendo. Y además, yo le llamé, ¿no es así? Bueno, ¿qué le parece... cien libras?

—Me las iré arreglando con esa cantidad. Muchas gracias.

Un par de minutos más tarde, Alan Cooper salía de la casa de Richard Swanson. Afuera le estaba esperando Archibald, que abrió el paraguas en cuanto Alan apareció en el porche.

—Olvidó su paraguas en el coche. Permítame, señor.

—Archibald: recuérdame que te suba el sueldo.

—¿Cuál sueldo, señor, si me permite la pregunta?

Se echaron a reír los dos. Ya en el coche, Archibald miró a Alan, que había fruncido el ceño de pronto, muy pensativo.

—¿Algún pensamiento inoportuno, señor?

—Tengo cien libras, Archibald: un pequeño anticipo. Eso quiere

decir que podríamos ir ahora mismo a comprar salmón de Escocia auténtico.

—Pero no lo vamos a hacer, ¿verdad, señor?

—No. Si ahora comiese salmón, me parecería que estaría devorando el cadáver del pobre señor Sterne... Pero comeremos ese salmón en cuanto encuentre al asesino.

—¿Usted, señor?

—¿Crees que no puedo hacerlo?

Archibald dio el encendido..., y de nuevo el «Morris» se puso en marcha a la primera.

—Por el contrario, señor: más bien creo que debemos empezar a pensar ya en una oración adecuada para el asesino.

CAPÍTULO III

Cuando Alan Young Cooper terminó su explicación, hubo unos segundos de densísimo silencio en la sala de juntas del United Philatelics. En la cabecera de la mesa, el presidente del club, Patrick Carlyle, pareció recordar, de pronto, que tenía ante él el té de las *five o'clock*

, y bajó la mirada hacia la taza. Luego, sin tocarla, fue mirando uno a uno a los vocales reunidos: Richard Swanson, Dan Chetterton, Oliver Swinburne, Robert Bardeen y Lawrence Swift.

—También no ha venido —dijo—. ¿Alguien tiene noticias de él?

Nadie contestó, por lo que estuvo bien claro que nadie sabía dónde podía estar Elmer Tamblyn, el vocal que faltaba. Patrick Carlyle encogió los hombros, bebió un sorbo de té, y encendió un cigarrillo. Fue como mía señal para que los demás se interesasen ya por el té, a su vez. El camarero del club fue sirviendo más té, mientras las miradas volvían, a centrarse en Alan Young Cooper.

—Bueno, señor Cooper —murmuró Carlyle—. Ésta es, en verdad, una situación fuera de lo común. Por supuesto, todos lamentamos muchísimo lo sucedido a nuestro amigo y consocio Tobiah Sterne, y, ciertamente, ninguno de nosotros quisiera que nos ocurriese lo mismo... Pero me parece que no comprendemos muy bien el objeto de esta reunión.

—El inspector Woolf, de New Scotland Yard, opina que quizá el asesino pretenda seguir consiguiendo colecciones —replicó Alan.

—Sí, entiendo. Pero hay muchos coleccionistas en Londres, y muchísimos más en todo el país... ¿Por qué hemos de preocuparnos, de modo especial, los afiliados al United Philatelics?

—No, perdón... Yo no he dicho que deban preocuparse ustedes

de modo especial. Esa preocupación, quizá, deberían tenerla todos los filatélicos de Londres que posean colecciones importantes. Pero señor Carlyle, yo trabajo para ustedes, no para otros filatélicos.

—Entiendo. Es usted muy amable y consciente, señor Cooper. Su preocupación en todos los aspectos por el club, me parece encomiable. Pero en definitiva..., ¿qué sugiere usted?

—El objetivo de esta convocatoria es que sean ustedes los que hagan sugerencias encaminadas a procurarse una seguridad personal y, al mismo tiempo, la protección de sus colecciones.

—Claro... Pero a mí me parece que estamos desorbitando un poco las cosas, la verdad.

—En ese caso —replicó Alan—, lo único que queda por hacer es terminar de tomar el té y dar por terminada la convocatoria.

Patrick Carlyle sonrió. Era un hombre de alrededor de cincuenta años, gordito, de aspecto simpático e inteligente. Los demás socios vocales del United Philatelics rondaban la edad de Carlyle, y quizá por eso, hombres ya maduros, miraron con amable tolerancia al joven abogado.

—Es usted muy impetuoso, señor Cooper. Desde luego, ninguno de nosotros quiere correr la suerte del pobre Sterne, pero ¿qué podemos hacer? Proteger de modo especial nuestras colecciones significaría, supongo, desprendernos de ellas, guardarlas en una cámara acorazada de un Banco, o algo parecido... ¿Alguno de ustedes, caballeros, está dispuesto a hacer eso?

Nadie contestó, pero la negativa no podía estar más clara en las hoscas expresiones de los filatélicos. ¿Desprenderse de sus colecciones? ¿Dejar de tener sus sellos a su alcance para gozar de su contemplación siempre que quisieran...? ¡No!

—De todos modos —habló, de pronto, Swanson—, yo creo que el señor Cooper tiene razón.

—¿Usted está dispuesto, Swanson, a llevar su colección a una cámara acorazada? —le preguntó Swinburne, sonriente.

—Bueno... Caramba, no sé... Si lo hacían los demás, ¿por qué no? De todos modos, no tenemos por qué llevarlas a un Banco...

—¿Adónde, si no? —se interesó Bardeen.

—No sé... Quizá podríamos encontrar un sitio fácilmente accesible para todos, en cualquier momento. Un lugar secreto, claro, que sólo conociésemos los socios del club...

—¿Qué sitio?

—¡Demonios, no lo sé! Habría que buscar uno adecuado, eso es todo. Quizá aquí mismo, en el club, se podría...

En aquel momento, sonó la llamada a la puerta de la sala de juntas, y todas las cabezas se volvieron hacia allí. El camarero miró luego a Carlyle, que asintió con la cabeza, diciendo:

—Debe ser Tamblyn, que llega con retraso. Abra, George.

No era Elmer Tamblyn. Todos se quedaron mirando, desconcertados, al hombre alto y flaco del gran bigotazo de guías caídas... Todos, excepto Alan, que se puso en pie y acudió a su encuentro rápidamente, mientras Swanson exclamaba:

—Es el inspector Woolf, de New Scotland Yard, que ya ha sido mencionado por nuestro abogado.

Alan se encargó de presentar a Israel Woolf y a los socios vocales del club. Tras los saludos y frases de cortesía, hubo un par de segundos de silencio antes de que Carlyle preguntase:

—¿Ha venido a hacerle algunas preguntas a Swanson, inspector? Woolf movió negativamente la cabeza.

—Hemos perdido todo interés por el señor Swanson —murmuró—. A menos, que sea hemofílico.

—Querrá decir, filatélico —se sorprendió Chetterton.

—No, señor Chetterton... He querido decir hemofílico. Me imagino que todos ustedes saben lo que es la hemofilia: una enfermedad que se caracteriza por la tendencia del que la padece a sufrir hemorragias espontáneas o provocadas, y que son de muy difícil retención. Por ejemplo, un corte en la mano que para cualquiera de nosotros no tendría mayor importancia, para un hemofílico es todo un problema, pues resulta muy difícil, mucho en verdad, cortar la salida de la sangre...

Hubo unos segundos de silencio nuevamente, antes de que Patrick Carlyle musitase:

—Todos sabemos muy bien en qué consiste la hemofilia, inspector.

—Si, así lo suponía, desde luego, El motivo de mi presencia es preguntarles si ustedes conocen a algún socio del club que sea hemofílico.

Richard Swanson abrió la boca, pero Alan le atajó con un rápido gesto.

—Espere, señor Swanson... A mí me gustaría saber por qué el inspector busca a un filatélico hemofílico.

—No tengo inconveniente alguno en decirlo —le miró Woolf, sonriendo amablemente—: tenemos la bien fundada sorpresa de que el asesino del señor Sterne es hemofílico, porque... ¿Qué les pasa a ustedes?

El inspector de Scotland Yard fue mirando a los reunidos, un tanto desconcertado, observando la palidez de todos ellos. Estaban rígidos, como petrificados..., y asustados.

—Siga, inspector —susurró Alan.

—Bien... Como les decía, el asesino del señor Sterne es hemofílico, según creemos. Nuestro equipo de investigación técnica encontró algunas gotas de sangre sobre la mesa de la trastienda, y sobre algunos álbumes... Naturalmente, nos sorprendió, ya que el señor Sterne había sido estrangulado, sin el menor derramamiento de sangre... Esa sangre fue analizada, y así hemos sabido que la persona que la vertió es hemofílica... ¿Lo era el señor Sterne, quizá?

—No —musitó Carlyle.

—En ese caso, aunque todavía están trabajando con esas gotas de sangre, creo que puedo adelantarles a ustedes una teoría que parece razonable: el asesino del señor Sterne era conocido por éste... Posiblemente, alguien en quien confiaba plenamente, y al que permitió entrar en la trastienda; lo que consiguió con ello fue que el asesino pudiese golpearle por detrás; luego, lo estranguló, mientras lo tenía sin sentido. Mientras tanto, ya fuese espontáneamente o provocada por algún golpe, o incluso por una emoción demasiado fuerte, el asesino tuvo una hemorragia. Poca cosa, pero suficiente... En fin, basándome en todo esto, yo estoy buscando a una persona que conociese bien a Tobiah Sterne, que fuese entendido en sellos, y que, además, sea hemofílico. Ésas son las características del asesino... ¿Conocen ustedes a alguien así?

Todas las miradas convergieron en Alan Young Cooper, que asintió con la cabeza.

—Si lo conocen, tienen que decirlo —aconsejó Alan.

Carlyle se pasó la lengua por los labios.

—Supongo que es lo que iba a decir Swanson antes... Si, todos nosotros conocemos a un hemofílico. Pero no creo que...

—¿Quién es? —le interrumpió Woolf.

—Elmer Tamblyn, uno de los socios del club, y vocal... No está hoy aquí.

—¿Dónde está?

—No lo sabemos. Y es extraño que no haya venido. ¿No lo citó usted, Cooper?

—No estaba en su casa —frunció el ceño Alan—, así que dejé el recado a su criada... Y hay algo más: anoche, a las ocho, el señor Tamblyn no estaba en su casa. Lo sé porque una joven se presentó en mi apartamento preguntando por él. Lo estaba buscando para no sé qué... Lo cierto es que hacía ya rato que lo buscaba, pero no conseguía localizarlo.

—¿Ninguno de ustedes ha visto, desde ayer, al señor Tamblyn? —preguntó Woolf.

Nadie contestó. Y Woolf insistió:

—El asesinato se cometió hacia las siete de la noche... Si el señor Tamblyn no tiene una coartada perfecta para esa hora, temo que tendré que detenerle acusado de asesinato.

¿Ninguno de ustedes tiene idea de dónde puede estar?

Silencio.

—Pero sí pueden ustedes decirme dónde vive, ¿no?

—82, Horseferry Road —musitó Carlyle.

—Gracias. Voy a ir ahora mismo allí, para iniciar las investigaciones. Si ha huido, como parece, la cosa no puede estar más clara. Pero mientras se le busca, me aseguraré aún más... Espero que en su casa haya algún documento por el que podamos llegar a conocer sus características especiales en cuanto a la hemofilia, así como el grupo sanguíneo al que pertenece... Si todo ello coincide con los resultados obtenidos en nuestros laboratorios, la investigación criminal habrá terminado. ¿Puedo hacer algo por ustedes? ¿Señor Cooper?

—Creo que no, gracias.

—Muy bien. De todos modos, estoy a disposición de ustedes: si algo necesitan de mí, pueden llamarme al Yard. Caballeros, buenas tardes a todos. Y de nuevo, gracias.

El inspector Woolf abandonó la sala de juntas, cuya puerta fue de nuevo cerrada por el camarero. El silencio era ahora más denso que nunca, tenso...

—No es posible —dijo, de pronto, Swinburne—. ¡No puedo creer

de ninguna manera que Tamblyn haya hecho eso!

—¿Por qué no? —Gruñó Chetterton—. Cualquiera de nosotros puede volverse loco en cualquier momento por un sello. Y la colección particular de Sterne era de las mejores del país.

—Usted no habla en serlo, Chetterton.

Éste encogió los hombros, Bebió un sorbo de té, refunfuñó que estaba frío, y se puso en pie.

—Supongo que ya no vale la pena que continúe la sesión: el asunto está en manos de la policía, que lo terminará enseguida. ¿Está de acuerdo, señor presidente?

—Desde luego —se puso también en pie, Carlyle—. Señores: esta junta levanta la sesión. Por mi parte, creo que voy a beber algo fuerte al bar... Lo necesito.

La necesidad era común, y segundos después, Alan Young Cooper se hallaba solo en la sala de juntas. También tenía ganas de beber algo fuerte, desde luego, pero la decepción y la sorpresa lo tenían más deprimido que a los demás. No sólo estaba impresionado por lo de Elmer Tamblyn, sino que había perdido la oportunidad de hacer algo que lo proyectase con mejor fortuna de la que había tenido hasta entonces.

—Bien —dijo en voz alta—. Como suele decirse, más perdieron en Troya.

Abandonó la sala de juntas, hacia el local social, donde había grupos de socios discutiendo acaloradamente. Pero comprendió que, en aquella ocasión, el tema no era la filatelia, pues cada uno de los vocales de la junta estaba rodeado de un grupo, al que explicaba lo último sabido sobre el caso. Decidió dar un paseo, y tomar el trago en cualquier parte.

Salió del club, y tomó la dirección del establecimiento donde había dejado el «Morris»...

Fue entonces cuando la vio. Estaba allí, en la acera, como clavada al suelo, delante del club y mirándole a él fijamente, con los ojos muy abiertos. Se acercó, le sonrió, y le tocó la punta de la nariz con un dedo.

—Moc-moc —dijo, imitando un claxon—. ¿Cómo le va, señorita Owens? —¿Está..., está dentro el señor Tamblyn?— reaccionó ella.

—Hay que ver, qué cosas pasan en estos tiempos: ¡una estatua que habla! ¿Sigue buscando al señor Tamblyn?

—Sí... Sí, claro...

—Claro. Oiga, la invito a tomar algo en un *pub* de Chelsea. ¿Qué le parece? Sin fantasías.

—Se..., se lo agradezco, pero seguiré aquí, por si el señor Tamblyn viniese...

—No creo que lo haga. —Alan entornó los ojos—. ¿Para qué lo busca usted con tanto ahínco?

—Yo..., yo creo que eso no le interesa a usted, señor Cooper.

—A eso le llamo yo noquear a una persona amable. Muy bien, dejemos a un lado las amabilidades: no busque más al señor Tamblyn, porque ha huido después de cometer un robo y un asesinato... Buenas tardes, señorita Owens.

La dejó allí, convertida de nuevo en estatua, y se fue en busca del coche. Cuando salía del estacionamiento, la vio allí, en la salida de la rampa, y se detuvo junto a ella.

—¿Espera usted el metro? —se interesó, por la ventanilla.

—Usted..., usted no ha hablado en serio cuando..., cuando ha dicho que...

—Suba. La voy a llevar a una tasca del Soho donde sirven unos vasos de ginebra que curan las verrugas. ¿Usted tiene verrugas?

—No... No, no...

—Menos mal. Vamos, suba, o nos van a poner una multa por tontaminar el ambiente.

—Querrá decir por... por contaminar, no tontaminar...

—No, señorita. He dicho bien: existe la contaminación, y existe la tontaminación. Como usted parece tonta, pues está tontaminando el ambiente. ¿Capta? ¿Eh, capta? ¡Suba de una vez!

—Sí, señor... Sí, sí...

CAPÍTULO IV

No la llevó al Soho, sino donde había ofrecido en primer lugar; esto es, a un elegante *pub* de Chelsea, llamado Embassy, donde los camareros llevaban corbata de lazo.

—Me parece —masculló Alan— que me he metido en un lío económico. ¿Cómo anda de divisas?

—¿Yo? ¿De qué?

—De dinero.

—¡Oh! —Melisa Owens enrojeció—. Bueno, pues...

—No me lo diga —cerró los ojos, un instante, Alan—. Soy un buen entendedor. De acuerdo, pagaré yo, pero pediremos una cosa barata... ¿Qué le parece champaña ruso?

—¿Cham... champaña... ruso? ¡Pero en Rusia no hay champaña!

—Menos mal. ¿Le va bien una tónica?

—Sí.... ¡Oh, sí...! Es... es muy bonito este sitio...

—Oiga, no empiece de nuevo a tontaminar el ambiente, ¿de acuerdo? ¡Claro que es bonito! ¿Cuándo ha visto usted una cosa cara que no sea bonita? Por cierto: usted debe ser carísima, ¿verdad?

Melisa Owens volvió a sonrojarse.

—No... no sé si me está usted elogiando o... o insultando, señor Cooper.

—Si hubiese querido insultarla, la habría llevado a otro sitio. Tónicas, dos —dijo mirando al camarero que se había colocado junto a la mesa—. ¿Para qué está usted buscando al señor Tamblyn? Y por favor, deje de tartamudear.

—Le estoy buscando para venderle una colección de sellos.

—¡Ah...! ¿De usted?

—De mi padre. Murió hace unos meses, y eso es todo lo que me

dejó. Yo no entiendo de sellos, pero un amigo nuestro me dijo que estaba seguro que podían valer bastante, así que cuando las cosas empezaron a ponerse negras en Poole, me vine a Londres, por si los sellos... Bueno...

—Sí, entiendo. ¿Vivía usted en Poole? Eso está en Gales, ¿no es así?

—Sí... Soy de allí.

—¿De modo que una pueblerina se viene a Londres solita...? Pues tiene usted valor, hijita. Vamos a ver: ¿cuánto calcula usted que pueden valer esos sellos?

—Pues no sé...

—Se lo digo porque yo conozco varias personas que podrían tasárselos, y, seguramente, comprárselos..., si valen la pena, claro.

—No sé, ya le he dicho que no entiendo de eso. Primero, apenas llegar a Londres; fui a una de esas tiendas que compran y venden sellos, y me ofrecieron doscientas cincuenta libras por la colección. Me pareció tan poco, que pensé que no valía la pena desprenderme de una cosa que había sido de mi padre.

—Estoy de acuerdo con usted. Pero quizá la querían engañar. Debería preguntar a otros.

—Ya lo hice... Fui a otro sitio de éstos, y me..., me ofrecieron mil libras...

—¡Caramba...! Oiga, ¿por qué mira tanto alrededor? ¿Teme que la ataquen?

—No, no... Es que tengo la impresión de que su..., su mayordomo va a aparecer de un momento a otro.

—¡Ah, no! Está muy ocupado limpiando la vajilla de platino en el Salón Verdirrojo de Palacio. Oiga —frunció el ceño—: usted no tiene sentido del humor, ¿eh...?

—Pues sí, pero...

—Pero se fue de mi apartamento pensando que había estado en un pequeño manicomio. ¿A que sí?

—Bueno...

—Seccionemos el asunto. Le ofrecieron mil libras la segunda vez. ¿Y...?

—Me sorprendí tanto, que aquel hombre me interpretó mal... Entonces, dijo que quizá, podría darme mil quinientas. No me gustó eso, de modo que me fui a otro. Me ofrecieron cinco mil.

—¿Libras? —Respingó Alan.

—Sí. Fue, entonces, cuando comprendí que yo no sabría jamás si me engañaban o no. Y pensé que sería conveniente acudir a un experto para que interviniese en la venta, con un porcentaje para él. Eso me hacía perder un poco de dinero, pero si me daban lo justo, quizá saliese ganando...

—Pues no: no es usted tonta. ¿A quién fue?

—Al señor Tamblyn, precisamente.

—¿Por qué a él?

—Por nada especial. Busqué en el listín telefónico, y escogí su tienda en primer lugar, simplemente. Anoté varias, pero el primero fue el señor Tamblyn.

—¿Qué le dijo el señor Tamblyn?

—Me ofreció... veinte mil libras.

Ya habían servido las tónicas, y Alan, que se disponía a beber de su vaso, respingó de tal modo que parte de la tónica le cayó en la corbata. Dejó el vaso, miró la corbata, y masculló:

—Tragedia casera: no tengo más corbatas. Perdona: ¿ha dicho usted veinte mil libras?

—Sí, sí... Me dijo que no tenía que seguir buscando, que ése era un buen precio, por la colección, y que él estaba dispuesto a pagarlo. Pero no tenía el dinero disponible en aquel momento, así que me rogó que esperase unos días. A mí me pareció que el señor Tamblyn me pagaba lo suficiente, de modo que acepté...

—No me diga, ahora, que depositó la colección de sellos en manos del señor Tamblyn mientras esperaba que él consiguiera el dinero.

—No, no... El propio señor Tamblyn me dijo que era una colección demasiado valiosa para tenerla en el hotel, y que lo mejor que podía hacer era alquilar una caja fuerte en un Banco y depositarla allí.

Alan Cooper estaba atónito.

—¿Eso hizo el señor Tamblyn? ¿Y usted tiene la colección de sellos en un Banco, ahora?

—Sí, claro.

—¡Santo cielo...! ¿Qué más pasó?

—El señor Tamblyn me llamó por teléfono a mi hotel, hace dos días; me dijo que había conseguido reunir el dinero, y que si me

parecía bien pasaría por mi hotel a pagarme. Yo le entregaría el resguardo de la caja de alquiler, y así terminaríamos la operación sin pasear los sellos por ahí. Me pareció bien, y él dijo que vendría a mi hotel ayer, a las seis y media. Como no vino, lo llamé a su casa... Bueno, lo demás ya lo sabe usted, señor Cooper.

—Sí, ya lo se... ¿En qué hotel está usted, señorita Owens?

—El

Mostyn's.

—Bien. ¿Usted quiere decir que nos hagamos un favor mutuamente?

—¿Qué..., qué quiere decir? —Se sonrojó de nuevo, Melisa.

—Me parece que el agua tónica se le ha subido a la cabeza —farfulló Alan—. Lo que quiero decir es que si usted hace lo que yo le digo, espero que los dos saldremos beneficiados.

—¿Qué tengo que hacer?

—Nada. Simplemente, nada. Vaya a su hotel, y espere. Eso es todo... ¿Verdad que es fácil? Yo la llamaré cuando sea el momento oportuno, y desde luego, le proporcionaré tantos compradores de sellos que los aborrecerá usted... Y todos honrados. O casi todos. Pero hasta entonces, usted se queda en su hotel, no hable con nadie de esos sellos, no haga nada. ¿Acepta?

—No sé...

—¿Acaso le parezco yo un malvado?

—¡Oh, no...! ¡No!

—Qué criatura más encantadora. —Alan le tomó una mano, y se la besó—. Se merece usted una invitación a mis posesiones de Poto-Poto,

así que cuente con ella, cuando tenga esas posesiones. Naturalmente, en los Mares del Sur, ¿comprende? También le regalaré un yate, un perrito saltarín y un collar de garbanzos...

—¿De garbanzos? —exclamó Melisa, que estaba fascinada.

—Sí, sí, de garbanzos... ¿Por qué se sorprende? En primer lugar, no puede negarme que un collar así sería verdaderamente original. Y en segundo lugar, puede ser muy útil para los malos tiempos: se lo come uno, y es un día menos de hambre.

—Usted..., usted está bromeando...

—Deliciosa, juvenil, ingenua, dulce, encantadora criatura de un pueblecito galés. —Alan volvió a besarle la mano a Melisa—. ¿Y

bien? ¿Acepta?

—Sí.

—Usted me va gustando más y más y a cada momento. ¿Se casaría conmigo, señorita Owens?

—Sí, señor.

—¡Ah!, ya sabía yo que... ¿Ha dicho que sí? —Respingó Alan.

—Sí.

—¡Je, je! Bueno, era una broma, ¿sabe? Adiós, Melisa.

—¿Adiós?

—Sí, sí... Sale usted de aquí, toma un taxi, se va a su hotel, y... eso, espera. Mientras tanto, reflexione sobre el pésimo negocio que haría casándose con un chiflado pobretón como yo... ¿Tiene dinero para el taxi?

—Pu..., pues... no. Pero... pe..., pero puedo tomar el Metro...

—¿El Metro? ¡De ninguna manera! Le voy a prestar veinte libras. Y no se sonroje, por favor: me da la impresión de que tiene el sarampión. —Alan le tendió unos billetes, discretamente—. Por cierto: ¿ha pasado ya el sarampión?

—No... No.

—¿Y pretende usted casarse, sin haber pasado el sarampión? ¡Desde luego, querida niña, es usted una insensata! ¿Y sabe una cosa? Quizá la demande por haberme hecho proposiciones de casamiento sin haber pasado el sarampión... ¿Qué está esperando?

Melisa Owens no salía de su fascinación. Estuvo irnos segundos mirando fijamente a Alan Young Cooper, muy al fondo de los ojos, como si, de verdad, pudiese ver algo en ellos. Y quizá vio algo... Algo mucho más consistente y firme que la aparente despreocupación de aquel hombre rebosante de fantasía. Sin decir una sola palabra se puso en pie y abandonó el Embassy.

Alan frunció entonces el ceño, apretó los labios, y quedó sumido en profundas reflexiones. Cinco minutos más tarde, pagó la consumición, y abandonó, a su vez, el elegante *pub*.

CAPÍTULO V

Debían ser las siete y media, cuando el inspector Woolf entró en su despacho de New Scotland Yard, con gesto sonriente y mirando a todos lados... Vio enseguida a Alan Cooper delante de la ventana, vuelta la cabeza hacia él, con gesto impaciente, y amplió su sonrisa.

—Caramba, señor Cooper, usted por aquí... Me han dicho que hace bastante que espera. Lo siento. ¿Té?

—No, gracias. ¿Qué han averiguado?

Woolf se acercó a la ventana, quedando junto a Alan, mirando hacia el exterior.

Naturalmente, llovía.

—Este año pienso ir a la Costa del Sol, de vacaciones. Eso está en España, ¿sabe?

—Pues sí, piensa ir este año, será mejor que se dé prisa, porque está terminando.

—Quiero decir, las próximas vacaciones, en primavera... ¿Qué es exactamente lo que usted quiere saber, señor Cooper?

—Todo, respecto a Elmer Tamblyn.

—Ya... Bien, sí, hemos estado en su domicilio, desde luego. No está allí, y su criada no tiene la menor idea de dónde puede estar. Sin embargo, hemos encontrado cosas más o menos interesantes. Entre ellas, unas facturas de una clínica. Hemos estado también en esa clínica, y allí nos hemos enterado del grupo de sangre del señor Tamblyn, y de su condición de hemofílico.

—¿Coinciden sus características con las de las gotas de sangre que encontraron en la tienda de Sterne & Swanson?

—Completamente. Desde luego, la orden de captura está dada. Estamos vigilando el puerto, las carreteras, aeropuertos... Aunque

en estas veinticuatro horas que han transcurrido desde el eximen, el señor Tamblyn puede estar muy lejos.

—Sí... Muy lejos. Pero, naturalmente, lo encontrarán.

—Naturalmente. Sabremos si ha salido del país, por qué medio, y hacia qué destino. Por el momento, ya estamos en contacto con la central de la Interpol en París, Es claro que el señor Tamblyn puede estar utilizando pasaporte falso, pero... caerá, tarde o temprano, caerá.

—Estoy seguro de ello. Gracias, inspector.

—¿Eso es todo...? —Quedó decepcionado Woolf—. ¿No tiene más preguntas que hacerme?

—No quiero abusar de su amabilidad. Por lo demás, parece que el asunto está prácticamente zanjado, ¿no es así? Quiero decir, que todo lo que queda por hacer es detener a Elmer Tamblyn.

—En efecto —parpadeó lentamente Woolf—. Eso es todo lo que queda por hacer. Por lo menos, así lo creo yo. ¿Usted no?

—¿Yo? Vaya, inspector, yo no soy policía, así que no tengo nada que enseñarle a usted. Pero le haré todavía otra pregunta: ¿usted es un hombre rencoroso?

—Extraña pregunta —reflexionó Woolf—. Y la respuesta es no. Creo que no soy rencoroso, pero, claro, también puede depender de lo que me hagan. ¿Qué jugarreta piensa usted hacerme? —sonrió.

—Encontrar al asesino antes que usted.

—¡Oh...! Bueno, señor Cooper, no creo que por eso le guardase rencor, de verdad. Al contrario: nos evitaría usted muchas molestias y trabajos, y le aseguro que ya tenemos exceso de ambos. Sin embargo, debo decirle que si usted sabe dónde está el señor Tamblyn, su obligación es decírmelo. Como abogado que es, ya sabe eso, ¿no? —Si supiese dónde está el señor Tamblyn, se lo diría.

—¿No lo sabe?

—Todavía no.

—¿Pero espera encontrarlo?

—Tarde o temprano.

—Decepcionante. Por un memento, me había hecho ilusiones. Dígame una cosa, señor Cooper: ¿no le parece que usted se está excediendo en su labor de abogado?

—Sí, es cierto. Pero inspector, soy un hombre inteligente y bien preparado profesionalmente, que hasta ahora no ha tenido mucha

suerte, y tengo la esperanza de que si mi intervención en esto llegase a resultar fructífera, mi suerte cambiaría. Aparecería mi nombre en los periódicos, y eso me proporcionaría muchos clientes... Sería el principio de la buena suerte de Alan Young Cooper. ¿Usted tiene inconveniente en que lo miente?

—Claro que no —sonrió Woolf—. Al contrario, me parece razonable y admirable. Buena suerte, señor Cooper.

—Gracias. Seguramente, volveremos a vernos.

—Sin duda. Adiós.

—Adiós...

Alan Young Cooper abandonó el despacho de Woolf, quien, tras unos segundos de reflexión, pulsó una tecla del intercomunicador.

—Diga, señor.

—¿Está Crane, ahí? —musitó el inspector.

—Sí, señor —oyó la voz del propio Crane—. Diga, señor.

—El abogado Cooper está saliendo del edificio, Crane. Salga tras él y no lo pierda de vista por ningún concepto. ¿Está claro?

—Sí, señor, pero..., ¿ha dicho el abogado Cooper? ¿Aquel joven simpático que...?

—Ése. No lo pierda de vista por nada, Crane.

—Muy bien, señor. Adonde quiera que vaya el señor Cooper iré yo. Salgo ahora mismo.

* * *

—¿Alguna novedad, Archibald? —preguntó Alan, tirando el sombrero sobre un viejo sillón.

—En efecto, señor. Ha llamado la Reina de Miringuillas, que le invita a un baile de disfraces en la cúpula del Taj Mahal. Rigurosa etiqueta, señor, me permito recordárselo.

—Espero tener algo adecuado en mi extenso guardarropa... ¿Qué más?

—Sus financieros de Nueva York han llamado: solamente han podido comprar la mitad del estado de Texas, señor. Parece ser que los tejanos se resisten a vender la otra mitad: la quieren para la cría de alacranes, serpientes de cascabel y especies afines.

—Estudiaremos la posibilidad de dedicarnos nosotros a la cría de alacranes. ¿Y la cena?

—¡Ah..., señor...! Exquisita, como siempre. Hoy me he

permitido prepararte al señor una deliciosa sopa de tortuga, un magnífico y especialísimo *Chateaubriand*, y merluza torturada. Para postre...

—¿Merluza torturada? Ese plato es nuevo... ¿En qué consiste?

—En merluza, señor. Trinchada muy concienzudamente, de modo que llene más el plato; por eso la he bautizado así..., si el señor me lo permite. Naturalmente, con patatas.

—De acuerdo. Según yo entiendo, tenemos para cenar sopa preparada, un bistec duro como el cuero, y bacalao con patatas.

—Siempre he sido un admirador de la perspicacia del señor. Ha llamado la señorita Owens. Y también, el señor Carlyle.

—¿Melisa ha llamado? —se sorprendió Alan—. ¿Qué quería?

—¡Hablarle a usted sobre una oferta que ha tenido por sus sellos, señor!

—¿Le han hecho una oferta por su colección? —entornó los ojos Alan—. ¿Quién y cuánto?

—El señor Swanson. Cinco mil libras.

—¿Cinco mil libras? —aulló Alan—. ¡El muy rata...! ¿Y cómo demonios se ha enterado de que Melisa tiene esa colección?

—Lo ignoro, señor. La señorita Owens parecía... molesta, y yo diría que, incluso, preocupada. Le dije que el señor la llamaría en cuanto llegase.

—De acuerdo. —Alan se dirigió hacia el teléfono—. ¿Qué quería el señor Carlyle?

—No sé, señor. Le pregunté quién era, y me dijo que era Patrick Carlyle, y que quería hablar con usted. Cuando le dije que podía dejarme a mí el recado, colgó.

—¿Colgó? ¿El presidente del United Philatelics ha hecho eso, Archibald?

—Cometió esa descortesía. Yo diría que estaba... irritado.

—Irritado... Bueno, lo voy a llamar a él en primer lugar. No recuerdo haber hecho nada impropio, pero ¿quién sabe? Desde luego, si me despiden de mi empleo en ese club, el menú de hoy tendrá que durar una semana.

—Estremecedora perspectiva, señor.

Alan Young Cooper llamó por teléfono a Patrick Carlyle. El teléfono sonaba, pero nadie contestó a la llamada. Insistió un par de veces, pero el resultado fue el mismo. No es que estuviese

comunicando: simplemente, nadie contestaba.

Bastante fastidiado, decidió llamar a Melisa al Mostyn's, pero, de pronto, cambió de idea.

—Me voy, Archibald. Pasaré a ver a Melisa y al señor Carlyle, que parece tener el teléfono estropeado.

—Me permito recordarla al señor que la cena está lista para ser servida.

—Bueno, cena tú y déjame un poco de *chateaubriand*.

—Mantendré caliente el bacalao, señor. Y le aseguro que éste sí es de Escocia.

Alan sonrió, se puso el sombrero, y abandonó el apartamento. Poco después, entraba en su «Morris», y lo ponía en marcha. Cuando partió, ni mucho menos se dio cuenta de que otro coche partió tras el suyo. A fin de cuentas, él era un abogado, no un fantástico espía de altos vuelos.

* * *

Melisa abrió la puerta de su habitación en el Mostyn's, y se quedó mirándole, muy abiertos los ojos.

—¡Oh! —dijo.

—Expresiva bienvenida, bella pueblerina. ¿Puedo pasar?

—Sí... Sí, claro. Ya no esperaba a nadie, pe..., pero...

Alan entró, cerró la puerta, y luego miró a la muchacha de arriba abajo. Melisa llevaba completamente sueltos los largos cabellos rojos, y su atuendo consistía en una bata deliciosamente sencilla y encantadora.

—La semana que viene —dijo Alan—, iremos a París.

—¿A París? ¿Pa.... para qué...?

—Para comprarte prendas interiores de las que yo llamo desvergonzadas. ¿Captas?

—Sí —sonrió ella—. Sí, capto.

—Lo cual quiere decir que pronto dejarás de tontaminar el ambiente. Veamos, capullo de flor fresca: ¿es cierto que el señor Swanson ha estado aquí y te ha ofrecido cinco mil libras por tu colección de sellos?

—Sí... Sí, eso ha hecho.

—¿Tú conocías al señor Swanson?

—No.

—Pero él a ti, sí, evidentemente. ¿Cómo se explica eso?

—No sé... Bueno, cuando me dijo su nombre comprendí que era el socio del señor Sterne, ese que los periódicos dicen que..., que..., que...

—El que estrangularon. ¿Estás segura de que era el señor Swanson quien ha venido a verte? ¿Era más bien orondo, bajito, de unos cincuenta años, con monóculo...?

—¡Sí, sí, ése era!

—Bien... En el momento oportuno, tendré una charla con el señor Swanson. Ve a desnudarte. —Sí, voy... ¿Qué?

—Que te desnudes. Quiero decir, que te quites esa prenda de huérfana abandonada y que te pongas ropa de calle. —¡Oh! Pe..., pero... ¿vamos a salir?

—Así es. Has sido elegida para pasar unos días de vacaciones en la residencia superlujosa y despampanante del hombre más rico del mundo.

—¿Quieres decir... que tengo que ir a vivir... a tu apartamento?

—Aleluya. —Alan alzó los ojos piadosamente—. Gracias, Señor, por poner en órbita la inteligencia de esta jovencita. Y mientras ella se prepara para salir, yo utilizaré el teléfono.

Se fue hacia el teléfono, descolgó el auricular, y miró a Melisa, que seguía fascinada. Como un pajarillo ante una serpiente. Melisa parpadeó, Alan se volvió de espaldas a ella, y pidió el número de Patrick Carlyle a la centralita del hotel. Dos minutos más tarde, dijo:

—Gracias, déjalo.

—¿...?

—No, no, no insista más, gracias. Llamaré en otro momento.

Colgó, y se volvió hacia Melisa, para respingar y volverse de nuevo hacia el teléfono y quedarse mirándolo fijamente. Sí, lo mejor era ir allá; eso no tenía importancia, una simple vuelta en coche. Pero ¿qué había hecho él que hubiese irritado al señor Carlyle? Por otra parte, Carlyle era un hombre muy correcto y amable...

—Ya estoy.

—¿Qué...? ¡Ah, sí! Bien, un pequeño detalle: ¿debes mucho

dinero en el hotel?

—Pues... llevo aquí más de una semana... Calculo que debo alrededor de cien libras...

—¡Cien libras! ¿Y tú no tienes dinero?

—Tenía un poco, pero lo he ido gastando... Como pensaba vender la colección de sellos...

—Me parece que tendremos que marcharnos por una ventana.

—¿Tú no tienes cien libras?

—¡Oh, sí...! Pero las tengo en mi palacio de Opulencia City. ¡Caramba, cien libras...!

—Me..., me parece que no podremos marcharnos.

—Sí, mujer. Fíjate bien: voy a hacer un juego de manos, y aparecerán mil libras en mi mano. Atención —movió las manos—: nada por aquí, nada por allí...

Justo en aquel momento, sonó la llamada a la puerta. Alan dejó el pase mágico a la mitad, señalando con la barbilla hacia la puerta, y fue a colocarse a un lado de ésta. Melisa comprendió, y fue a abrir.

—Señor Swanson...

—De nuevo estoy aquí, señorita Owens —oyó Alan la voz de Richard Swanson—. ¿Me permite pasar?

—Pues...

Alan se dejó ver, sonriente.

—Pase, señor Swanson, pase —invitó.

—Señor Cooper —se asomó Swanson—. ¿Qué hace usted aquí?

—Le estoy haciendo un favor. Me enteré de que la señorita Owens no quería venderle a usted la colección de sellos de su padre, y he venido para convencerla de que debe hacerlo. ¿Verdad, Melisa?

—¡Oh...! ¡Oh, sí, sí, sí, sí...!

—Pero claro. —Alan tomó a Swanson por una solapa, y lo hizo entrar en la habitación—, nada de cinco mil libras —empujó la puerta con un pie—. Eso es poco dinero, ¿no cree, señor Swanson?

—Bueno, yo... Si le ofrecí esa cantidad antes a la señorita Owens, fue porque pensé que eso era lo que valía.

—¿Y por qué tenía que pensar en esa cifra, precisamente?

—¡Mmm...! Bueno, no sé qué va a pasar con Tamblyn, pero... Verá, hace unos días Tamblyn vino a verme a mi casa, y me dijo

que tenía la oportunidad de comprar una interesante colección, pero que no podía disponer actualmente de dinero. Me pidió cinco mil libras prestadas, así que pensé..., pensé que ése era el precio de la colección de la señorita Owens.

—Entiendo. Eso hace que le considere a usted menos granuja, señor Swanson. ¿El señor Tamblyn le habló de la señorita Owens?

—Sí, claro.

—¿No es extraño eso, en un competidor filatélico?

—Sí —admitió Swanson—. Pero yo me resistía a dejarle el dinero a Tamblyn, le dije que quizá era una mala operación, y que yo no tenía por qué arriesgar cinco mil libras. El me dijo que todo era legal, me habló de la señorita Owens, que había venido de no sé dónde con la colección de su padre... Bueno, me convenció y le dejé el dinero. Y esta tarde..., esta tarde he pensado que..., que era poco probable que Tamblyn viniese a terminar la operación, así que... Bien, me gustaría saber cuánto vale la colección, señorita Owens.

—Vale veinte mil libras, quizá más —dijo Alan.

—¡Veinte mil libras...! —Respingó Swanson—. ¡Caramba!

—¿Le parece mucho?

—Depende de los sellos, claro... Yo he estado dando vueltas al hotel, pensando todo el rato, desde que vine antes a ver a la señorita Owens... Claro que pensaba aumentar la oferta, por eso no me he alejado, pero... ¡veinte mil libras!

—Si el señor Tamblyn estaba dispuesto a pagarlas, es porque debe valerlas, ¿no le parece?

—Bueno... Sí, desde luego Tamblyn es tan experto como yo... Pero no creo poder reunir en seguida esa cantidad...

—¿Y cien libras? ¿Podría reunir cien libras?

—¡Oh, sí! ¡Naturalmente!

—¿Las lleva encima?

—Desde luego.

—Démelas.

Un tanto desconcertado, Richard Swanson sacó su billetera, y de ella billetes hasta cien libras, que colocó en la mano de Alan.

—Cien libras —musitó.

—¡Y cien libras por aquí! —terminó Alan el pase mágico—. Deberían romperme la cara por quejarme de mi suerte. Gracias, señor Swanson.

—Bueno pero...

—Considere esta cantidad como depósito de compro miso por la compra de los sellos de Melisa. ¿Le parece bien?

—Desde luego —sonrió satisfechísimo, Swanson—. ¡Desde luego!

—Pues hasta la vista, señor Swanson. Le avisaremos cuando estemos dispuestos a terminar la operación.

—Bueno... Bien. —Swanson miró de tino a otro, sonrió, y se arregló el monóculo sobre el ojo—. Sí, claro, hasta la vista. Gracias por su ayuda, señor Cooper.

—Por algo soy su abogado.

La puerta se cerró tras Richard Swanson, y Alan, sonriendo, señaló el armario.

—Recoge tus cosas: saldremos por la puerta grande. Espero que no te importe acompañarme a ver a un caballero irritado.

—Claro que no... ¿Está irritado contigo?

—Eso me temo. Pero como soy un muchacho simpático, ya verás qué pronto consigo hacer sonreír al señor Carlyle...

CAPÍTULO VI

Imposible.

Completamente imposible hacer sonreír a Patrick Carlyle, porque estaba muerto.

Yacía en el centro de su despacho, sobre la alfombra, de cara al suelo, de modo que se veía perfectamente el abrecartas clavado profundamente en su nuca. Estaba en batín, muy bien peinado, Oliendo a sales de baño, todavía... Había llegado a su casa, se había bañado, y había ido a su despacho, posiblemente a jugar con sus sellos..., que ya no estaban allí. La gran caja fuerte de solidísimo acero estaba ya abierta... y vacía, desde luego.

Al asesino sólo había que agradecerle una cortesía: que se había marchado sin cerrar la puerta de la casa, de modo que, después de estar llamando más de un minuto, Alan y Melisa habían entrado, llamando al señor Carlyle, hasta llegar al despacho.

En aquellos momentos, mientras Melisa, desde el umbral de la puerta del despacho miraba con expresión asustadísima, muy pálida, el cadáver de Patrick Carlyle, Alan Young Cooper estaba viendo aquellas manchas oscuras sobre la alfombra... Siguiendo aquel rastro, llegó ante la caja fuerte. Allí, en el suelo, se veían más manchas, algunas de ellas bastante grandes... Era sangre, por supuesto.

Alan se pasó la lengua por los labios, y se volvió a mirar a Melisa, que esta vez tenía motivos para estar petrificada. Luego, miró el teléfono, fue allá, y lo descolgó, sin más complicaciones. Un minuto después, lo colocaba en el soporte, musitando:

—El inspector Woolf vendrá en seguida. Será mejor que te sientes, Melisa.

Fue a tomarla de un brazo, la llevó hasta un sillón, y la empujó

suavemente. Luego, se sentó él en otro, y encendió un cigarrillo.

El inspector Woolf tardó menos de quince minutos en llegar, acompañado de su detective Crane y de dos hombres más, así como dos policías de uniforme, que quedaron uno en la puerta del despacho y otro en la puerta de la casa.

Lo primero que hizo, naturalmente, fue echar un vistazo al cadáver, mientras le tocaba una mano.

—No hace ni una hora que ha muerto —susurró—. ¿Ha tocado usted algo, señor Cooper?

—El teléfono, para llamarle a usted. Pero no creo que tenga importancia, ¿verdad?

Woolf abrió la boca, un tanto mosqueado, pero acabó por mover negativamente la cabeza. Claro que no. En aquellas circunstancias, no tenía importancia alguna, pues no cabía imaginarse al asesino utilizando el teléfono, antes o después de cometer el crimen. Por otra parte, mientras hacía su pregunta, Alan señalaba las manchas de sangre en la alfombra y el rastro que iba hacia la caja fuerte, y el inspector de New Scotland Yard comprendió en seguida. En aquella ocasión, quizá algunas manchas de sangre de las que habían en la alfombra podían pertenecer a la víctima, pero no, ciertamente, las del rastro que terminaba ante la caja fuerte.

—Crane: llame a los de investigación técnica... Parece que el señor Tamblyn ha pasado, también, por aquí.

—Eso quiere decir que no se ha marchado de Londres —dijo Crane, un tanto incrédulo.

—O tiene muchas agallas, o está loco —masculló Woolf—. O está dispuesto a conseguir las colecciones de todos aquéllos a los que conoce... De un modo u otro, está loco. Llame.

—Sí, señor.

Woolf se quedó mirando atentamente a Alan.

—Estoy seguro de que será tan amable de explicármelo todo, señor Cooper.

Por supuesto que Alan no tuvo el menor inconveniente en explicarlo todo, con una minuciosidad y perfección tal, que Woolf no tuvo necesidad de interrumpirle con una sola pregunta. Cuando terminó la explicación, Alan dijo:

—Supongo que tendré que buscarme un abogado.

—¿Por qué? —se sorprendió el inspector.

—Quizá usted no crea nada de lo que he dicho.

—No diga tonterías. Eso, por un lado. Y por otro, tengo la impresión de que usted es un abogado bastante bueno para no precisar los servicios de un colega. Puede marcharse, si quiere, señor Cooper.

—Gracias... ¿Me dirá si algunas de esas manchas de sangre son de Elmer Tamblyn?

—Los dos sabemos que así será. Pero le avisaré en cuanto tengamos la certeza absoluta. Además, tanto usted como la señorita Owens tendrán que firmar su declaración... ¿Dónde podré encontrarla a ella?

—En mi apartamento.

—¡Ah! Sí, bien, de acuerdo. Una sola pregunta, señor Cooper: ¿No se le ocurre por qué el señor Carlyle podía estar molesto con usted?

—Ni idea, de veras.

—Según parece, le llamó a usted por teléfono mientras usted estaba conmigo. Cuando usted llegó a su apartamento, su amigo Arch...

—Mí mayordomo.

—¡Oh, sí, claro!: su mayordomo... Bueno, su mayordomo le dijo que el señor Carlyle le había llamado. Usted le llamó en seguida, y él no contestó... Es de suponer que, para entonces, ya estaba muerto, por lo tanto.

—Es una buena coartada para mí, ¿verdad? —sonrió de mala gana Alan—. Antes de ir a mi apartamento paso por aquí, mato al señor Carlyle porque se ha enterado de algo malo de mí, y luego voy a mi apartamento, me invento...

—No —sonrió Woolf—: usted no ha sido. Sé que estuvo esperándome en mi despacho desde las seis y pico. Eso es seguro. Luego, cuando salió de allí, Crane le siguió todo el tiempo, de modo que sé que su explicación ha correspondido a la verdad, señor Cooper.

Usted no ha podido matarlo.

—De modo que me han seguido —farfulló Alan.

—Debería alegrarse, en estas circunstancias. A la hora en que murió el señor Carlyle según mis cálculos aproximados, usted estaba bajo perfecto control.

—¡Qué bien...! ¿Alguna pregunta más?

—No. Gracias por todo. ¡Oh, sí, todavía otra pregunta más! ¿El señor Carlyle vivía solo?

—No sé... Creo que no.

—¿Y por qué no hay nadie en casa?

—Ni idea.

—Nosotros lo averiguaremos. Adiós, señor Cooper. Señorita Owens...

* * *

Archibald miró a Melisa, y luego la maleta de éste, que sostenía Alan mientras cerraba la puerta.

—¿La señorita Owens está invitada, señor?

—En efecto, Archibald.

—Pues... me temo que vamos a estar en dificultades. Todas las *suites* para invitados están siendo decoradas para la temporada de invierno, señor.

—Permitiremos que la señorita Owens ocupe un confortable sofá en el Gran Salón.

¿Alguien me ha llamado, Archibald?

—No, señor, nadie, esta vez.

Entraron los tres en la sala de estar. Alan dejó la maleta, y fue a dejarse caer en el desvencijado sofá.

—Archibald: ¿qué te dijo exactamente el señor Carlyle, cuando me llamó?

—No dijo nada especial, señor. Preguntó por usted, con tono muy irritado. Yo contesté que el señor no había llegado, y cuando le estaba diciendo que podía dejar el recado, colgó. Sólo eso.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo, señor. ¿Sirvo la cena?

—Sí... Sí.

—Espero que todavía se conserve caliente... Iré a buscarla a la cocina principal.

Archibald salió de la salita. Melisa miró a Alan, pero lo vio tan pensativo, que decidió no molestarle. Se fue en pos de Archibald, hasta la grandiosa, pero destartalada y desprovista cocina. El mayordomo se volvió, y la miró críticamente.

—¿Puedo servir en algo a la señorita?

—Sólo quiero ayudarle, Archibald.

—Muy agradecido, pero no es necesario. Las cocineras lo dejaron todo preparado y yo tengo a orgullo servir la mesa del señor.

Melisa Owens sonrió encantadoramente.

—Ni usted ni Alan están locos, ¿verdad, Archibald?

—Por fortuna, la cordura del señor y la mía propia están fuera de toda duda. Si la prosperidad de los psiquiatras dependiese de personas como nosotros, se morirían de hambre..., y de aburrimiento, por supuesto.

—Pues cualquiera que los oyese hablar, pensaría que están locos.

—Las personas que pensasen así, serían gente carente de imaginación, señorita. Hay quien, cuando las cosas le van mal, se desespera, se siente humillado, acumula rencor contra el prójimo... Creo que son esas personas las que deberían ir al psiquiatra. En lo que a mí respecta, considero al señor, el hombre mentalmente más sano del mundo.

—Estoy de acuerdo con usted —casi rió Melisa—. Pero me parece que no es rico, ni mucho menos, ¿verdad?

—En dinero, no.

—Y usted, por su parte, parece un auténtico mayordomo... Quiero decir que sin duda encontraría usted muchas casas donde le pagarían con puntualidad y esplendidez sus servicios. ¿O no?

—Por supuesto que sí. Pero... ¿quiere que le diga cómo conocí, hace cuatro años, al señor?

—¡Oh, sí, me encantaría conocer esa historia, de veras!

—Bien. —Archibald comenzó a colocad las bandejas en la mesita rodante—. Hacía pocos días que el señor había conseguido un título de abogado, y fue a ver a un pretendido amigo de su padre, que tiene un bufete muy importante en la ciudad, para pedirle un empleo allí, para empezar. Resultó que el tal amigo no lo era tanto como el señor y su recientemente fallecido padre habían creído...

—¿Quiere decir que Alan no tiene a nadie?

—Me tiene a mí..., si la señorita me permite decirlo.

—Sí... Claro. Bien... ¿No le dieron el empleo?

—Aquel señor importante le dijo al señor que no necesitaba

abogadillos jóvenes e inexpertos, por muy Young Cooper que se llamasen. Naturalmente, el señor comprendió en seguida que la amistad entre aquel caballero y su padre había estado solo en el corazón de su padre, no en el del otro caballero y se despidió en el acto, sin más. El último curso, se lo había pagado el señor, trabajando de cosas diversas, así que no tenía miedo a la vida... Cuando cruzaba el vestíbulo de aquella casa, me vio a mí, sentado, esperando...

—¿Qué esperaba usted?

—Una agencia de colocaciones me había dado aquella dirección, donde necesitaban un mayordomo.

—¡Ah! ¿Y no le dieron el empleo tampoco a usted?

—Pues... Bueno, no fue así exactamente. El señor pasó ante mí, me miró, y me sonrió: «Oiga, amigo —me dijo—, me parece que va a salir de aquí al trote. Pero no se apure. Yo voy a estar afuera, con mi

“Rolls & Royce”,

y si las cosas no le van bien aquí dentro, le invito a mi mansión a cenar a la francesa...». Le dije que muchas gracias, y después de salir el señor de la casa, el otro caballero me recibió. Me miró de arriba abajo, me pidió mis referencias, empezó a ponerme condiciones y obligaciones... Mientras aquel caballero hablaba, yo pensaba en la sonrisa del señor, en su

«Rolls & Royce»,

y en su cena a la francesa. Pero sobre todo, en la sonrisa del señor: era la más humana y simpática que había visto jamás. Así que le dije a aquel... caballero que tenía una cita, y salí de la casa. El señor estaba allí, esperando al volante de su «Austin»...

—¿«Austin»? Pero su coche es un «Morris»...

—Primero tuvo un «Austin», más viejo que mi abuela. El «Morris» lo compró dos años después, de segunda mano. O de décima mano, vaya usted a saber. Bueno, yo fui allá, y le dije: «Ha sido usted muy amable por esperarme, señor: en efecto, he salido al trote. Pues nada, hombre —sonrió otra vez—, si está en apuros, se viene conmigo, y mañana será otro día. O pasado mañana. O el otro... Porque la vida es tan larga y tan hermosa, que si nos la amargamos por un sujeto como ése, más vale pegarse un tiro. ¿Usted se quiere pegar un tiro?». Le dije que no, desde luego. El me

dijo que si buscaba empleo, él podía darme uno, mientras encontraba algo mejor...

—¿Qué empleo podía darle él?

—El que tengo ahora.

—Pe..., pero si Alan no tenía dinero...

—Tenía un poco, y comprendí que estaba dispuesto a compartirlo conmigo, o con cualquiera que estuviese en apuros. Así que me vine aquí con él, y le dije que aceptaba el empleo; sobre todo, después de la cena a la francesa que el señor preparó tan admirablemente...

—¿Cuál fue el menú?

—Tortilla a la francesa, con pan, vino y después café.

—¡Santo cielo! —rió Melisa.

—Sí... Ésa fue la cena —sonrió, nostálgicamente, Archibald—. Lo pasé mejor que en toda mi vida anterior. Y entonces, me dije: Archibald, durante muchos años te has dedicado a soportar patronos de genios diversos, que no te han alegrado la vida, precisamente; ahora, tienes más de cuarenta años, ninguna obligación en la vida con nadie, y los suficientes ahorros para poder vivir unos cuantos años. Y entonces, ¿por qué no vivirlos alegremente?

—Y se quedó usted.

—En efecto..., y gracias a Dios.

—¿Y cuánto gana aquí?

—¿Cuánto... qué?

—Que cuánto gana, cuál es su sueldo.

—Mi sueldo me lo paga el señor en amistad y felicidad. Por el momento, estamos viviendo de algunos trabajos del señor y parte de mis ahorros. Pero, aunque tuviese que pagarlo todo yo, seguiría en este apartamento. Y eso, prescindiendo de que cuando el señor, finalmente, consiga su ruta de la fortuna, yo viviré como me plazca... Esto es, gozando de la vida junto a él.

—¿Usted cree que Alan, finalmente, encontrará su... ruta de la fortuna?

—Si un hombre como el señor no encuentra esa ruta, el mundo está loco, y no hay justicia, ni inteligencia, ni nada que valga la pena. Y entonces, estoy muy bien aquí... ¿A la señorita le gusta el *Chateaubriand*?

—¿El qué?

—El bacalao con patatas. Ponga un poco de imaginación, de alegría de vivir, de espíritu de lucha, de buena voluntad..., y lo convertimos en un magnífico y succulento *Chateaubriand* de la más tierna y exquisita carne.

—Estoy segura —sonrió Melisa—, de que me encantará el *Chateaubriand*, Archibald.

—Felicidades, señorita.

—¿Por qué me felicita? —se sorprendió Melisa.

—Porque parece que usted está empezando a encontrar su rata de la felicidad. ¿Me permitirá que sea yo quien sirva la cena, por favor?

—Sí —murmuró Melisa, cada vez más impresionada—. Desde luego, Archibald.

—La señora es muy amable. Gracias. Por favor —señaló hacia la puerta de la cocina—: pasemos al Gran Salón Comedor...

Eran casi las once de la noche, y estaban tomando un *whisky* pésimo, cuando sonó el teléfono.

—Yo contesto, Archibald —empezó a incorporarse Alan del sillón.

—De ninguna manera, señor —el mayordomo se adelantó hacia el teléfono—. Residencia Young Cooper: diga.

—¿...?

—Sí, aquí es, desde luego. Un momento, por favor —miró a Alan, alzando el auricular—. El inspector Woolf desea hablar con el señor.

Alan fue a tomar el auricular.

—Gracias, Archibald... ¿Diga, inspector?

—...

—¡Ah! Sí, claro, era de suponer.

—...

—Entiendo su postura, pero de veras: si supiese dónde está el señor Tamblyn se lo diría. Palabra de caballero.

—...

—¡Buenas noches y gracias!

Colgó, volvió a sentarse en el sillón, y reanudó sus libaciones de pésimo *whisky*, muy pensativo.

—¿Qué te ha dicho el inspector? —murmuró Melisa.

—Dice. —Alan la miró, pero parecía que no le veía—. Dice que, en efecto, la sangre encontrada en la alfombra es del señor Carlyle, pero que hay también del señor Tamblyn. Y que la que hay ante la caja fuerte es sólo del señor Tamblyn.

—Dios mío... ¡Ese pobre hombre debe haberse vuelto loco!

Alan se quedó mirándola fijamente, ahora viéndola.

—Sí... Ésa sería la única explicación, pequeña Melisa.

—¿Qué quieres decir?

Alan parpadeó, como si la idea no acabase de fijarse en su mente.

—¿Te gustaría trabajar para mí, pelirroja de los grandes ojos?

—¡Oh, sí...! Sí, Alan, sí... ¡Sí!

—Es lo menos que podías hacer, después de la exquisita cena que se te ha ofrecido en esta casa. Además, me debes un montón de dinero..., y de alguna manera has de pagarlo. Dime una cosa: ¿te gusta Archibald?

La muchacha miró desconcertada al mayordomo, que sonrió y alzó la barbilla cómicamente.

—Me gusta mucho —sonrió.

—En ese caso, estamos en paz del dinero que me debes. Por lo tanto, si trabajas para mí, será gratis. ¿Sí?

—Sí, sí, sí. ¿Qué tengo que hacer?

—Ahora, dormir, en mi cama... Yo dormiré aquí. Por la mañana, yo me encargaré de citar para la tarde, en el club, a los socios más relevantes, para estudiar la situación legal, considerando que ha muerto el presidente. Y mientras yo me dedico a eso, tú y Archibald os pasearéis en mi coche...

CAPÍTULO VII

Como suele decirse: el rey ha muerto, ¡viva el rey!

En este caso, se trataba sólo de un presidente de club dedicado a todas las actividades relacionadas con la filatelia, por lo que quizá cabría decir: el presidente ha muerto, ¡viva el presidente!

Richard Swanson, de pie a la cabecera de la mesa de la sala de juntas, hizo gestos con las manos, pidiendo el cese de los aplausos a su nombramiento, realizado por votación.

—Gracias... Gracias a todos... La verdad es que en ningún momento pensé en ocupar este puesto, pero alguien tiene que hacerlo... Si ustedes creen que soy el adecuado, no puedo negarme. Aunque debo decir que preferiría no haber tenido que hacerlo..., al menos, en estas circunstancias. Pero los hechos ya no pueden modificarse, y por mucho que lamentemos la..., la muerte de nuestro querido Carlyle, el club sigue existiendo... Bien... Creo que no debo extenderme más en esto. En cambio, sí debo... pedir a todos ustedes una decisión sobre la cuestión que quedó pendiente: ¿qué hacemos con nuestras colecciones?

—¿Qué propone usted, Swanson? —preguntó Chetterton.

—Bien... Todos sabemos lo sucedido a mi socio y querido amigo Tobiah Sterne, estrangulado y desposeído de su colección particular. Veinticuatro horas más tarde, ha sucedido lo mismo con Patrick Carlyle... Yo pregunto: ¿quién de nosotros será el próximo?

Durante unos segundos, reinó el silencio en la sala de juntas. Alan Young Cooper, en su puesto de abogado asesor del club, iba mirando de uno a otro, en silencio completo tras haber informado del resultado de la votación.

—¿Supone usted que... esto seguirá adelante? —preguntó Robert Bardeen.

—¿Por qué no? Santo Dios, el pobre Tamblyn debe haberse vuelto loco, pero no creo que eso sirva para tranquilizarnos. Al contrario... Mi opinión es que ese afán nuestro por reunir sellos y más sellos, a cuál más raro, más cotizado o admirado, lo ha trastornado... No se me ocurre otra explicación, francamente. Pero, trastornado o no, Tamblyn constituye un peligro para todos nosotros... Me refiero a los socios del club, que él conoce muy bien. Sabe lo que tenemos, conoce nuestro modo de vida, nuestros domicilios... En lo que a mí respecta, no pienso correr ningún riesgo: si no tomamos una decisión en común, yo trasladaré mi colección a una cámara acorazada de un Banco o una empresa adecuada.

—¿Qué decisión en común podemos tomar? —preguntó Swiftt.

Construir una cámara aquí, en nuestro propio club.

—¡Eso sería muy costoso!

—Quizá. Pero la inversión quedaría rápidamente amortizado, señor Swiftt. Y considere todas las ventajas que significaría para los socios tener sus colecciones en su propio club, bien vigiladas y siempre a su alcance, a cualquier hora; no a las que rigen en ciertas empresas de cajas fuertes. Esta medida de seguridad sería buena, no sólo mientras Elmer Tamblyn esté libre, sino para siempre... Consideremos lo que está sucediendo como un... aviso. Sin embargo, no tenemos por qué tomar una decisión ahora mismo. Yo creo que sería conveniente que cada cual pensase a su modo sobre esto y, en la próxima reunión, expusiera sus ideas... Opino que todos somos lo bastante inteligentes y sensatos para saber elegir lo mejor de las aportaciones individuales.

—Estoy de acuerdo —dijo Swinburne—. Pensemos todos, y en la próxima reunión, expongamos nuestras ideas.

—Gracias, Swinburne. ¿Los demás están de acuerdo?

Los demás estuvieron de acuerdo. No había preguntas que hacer, ni más sugerencias que exponer, así que el nuevo presidente dio por terminada la reunión, y los vocales del United Philatelics, se pusieron en pie, haciendo comentarios entre ellos. En pocos segundos, en la sala sólo quedaron Richard Swanson y Alan Cooper.

—Bien —dijo el primero—. Son casi las seis de la tarde, y creo que todos tenemos necesidad de descansar. Mmm... Ha sido usted muy eficaz, señor Cooper, como siempre.

—Es mi obligación —murmuró Alan—. ¿Podría usted adelantarme otras cien libras sobre mis honorarios, señor Swanson?

—Caramba, Cooper...

—Créame que lo siento, pero las necesito.

—Bueno... En fin, de todos modos, no creo que vaya a necesitarlo particularmente como abogado, tal como están las cosas... Yo creo que sería buena idea que me pasase su factura definitiva por haber requerido sus servicios, y así terminábamos.

—Buena idea. Doscientas libras, señor Swanson.

—Eso quiere decir —rió el hombrecillo del monóculo— que si le entrego cien libras estaremos en paz, ¿no?

—En efecto.

—De acuerdo, de acuerdo... Aquí las tiene. —Swanson las extrajo de su billetera, y las tendió a Alan—. Parece que no le van muy bien las cosas, Cooper.

—No demasiado, francamente.

—Pues no lo entiendo —se quedó perplejo Swanson—. Usted es un muchacho inteligente y con iniciativas, de eso no cabe la menor duda. Supongo que todo es debido a mala suerte.

—La mala suerte no dura siempre, señor Swanson. Tengo la seguridad de que muy pronto encontraré mi ruta de la fortuna.

—Me alegraría mucho por usted, de veras, Cooper. Respecto al asunto de los sellos de la señorita Owens...

—¿Le importaría esperar un par de días?

—Pues... No. No, claro. Pero recuerde que yo tengo una opción prioritaria de compra.

—No lo olvidaré. Y ahora, si me permite, tengo algunas cosas que hacer... Gracias por haber requerido mis servicios.

—Tonterías, muchacho. Me gusta usted... Hasta el punto de que, como nuevo presidente, voy a proponer en la próxima reunión un aumento de sus honorarios por los servicios al club.

—Señor Swanson: cuando yo sea rico, le regalaré una docena de monóculos.

Se echaron a reír los dos. Abandonaron la sala, y, mientras Swanson se unía a uno de los grupos de socios, Alan fue directo a la salida del club. Se acercó al borde de la acera, miró su reloj, y frunció el ceño... Pero tres minutos más tarde, el «Morris», se detuvo ante él, y pasó al asiento de atrás, sentándose junto a Melisa,

a la que tomó una mano y la besó delicadamente...

—A sus pies, bella pueblerina... ¿Habéis dado muchas vueltas?

—Cuatro o cinco. Hace casi media hora que llegamos.

—Bien... ¡Hola, Archibald!

—Bien venido a bordo, señor —sonrió el mayordomo, que iba al volante—. ¿Qué rumbo ponemos?

—Para en el primer sitio que puedas.

—Como guste el señor.

—El señor queda muy agradecido al mayordomo... ¿Os habéis cansado mucho?

—Yo tengo los pies destrozados —aseguró Melisa.

—Pobrecita... ¿Me permites que te te bese?

—Pues la verdad —refunfuñó Melisa—: en cuanto a besos, tengo otras preferencias.

—Caramba.

—Si el señor me lo permite —dijo Archibald—, yo opino que las palabras de la señorita suenan a irritación y a desafío, señor.

—El señor te lo permite, porque el señor tiene la misma opinión. Y dime, personaje tontaminante: ¿cuáles son tus preferencias respecto a besos? ¿Quizá éstas?

Cinco minutos más tarde, Archibald detenía el coche, y se volvía hacia el asiento de atrás.

—Si el señor y la señorita me lo permiten, yo diría que hemos parado.

Alan Young Cooper dejó de besar a Melisa, que se quedó con los ojos muy abiertos y perdida la mirada en el espacio, que debía tener grandes maravillas que contemplar, a juzgar por su expresión...

—Archibald...

—Diga, señor.

—¿Dónde estamos, quién soy, qué ha pasado...?

—Cosas de la vida, señor. Nada que afecte gravemente a nuestra salud ni seguridad. Mientras la señorita se recupera, yo me atrevería a decirle al señor que eche una mirada a la libretita que tanto nos ha costado llenar con los datos que el señor nos pidió.

—El señor echará un vistazo a la libretita. Dámela.

Archibald le tendió la pequeña libreta de tapas de piel, y se dedicó a leer las anotaciones hechas en ella. De vez en cuando asentía con un gesto, y murmuraba algo. Invirtió apenas tres

minutos en enterarse de lo que a Melisa y a Archibald les había llevado, prácticamente, todo el día.

—De acuerdo —murmuró por fin, guardándose la libreta—. Adiós, Melisa.

—¿Qué...?

—Aquí tienes la llave del apartamento —se la entregó—. Te vas allá, te encierras, y dedicas todo el tiempo a leer mis libros de leyes: son interesantísimos. ¿Alguna pregunta?

—No... No.

—Eres una chica dócil e inteligente. ¡Ah!, no abras a nadie.

—¿Por qué?

—Porque te lo digo yo.

Alan salió del coche, tendió la mano a Melisa para ayudarla a apearse también, y, sin soltarla, para nada, la besó en los labios, brevemente, esta vez. La dejó en la acera, se metió en el coche, y dijo:

—Vámonos, Archibald.

—¿Me permite el señor preguntar adónde? —Te lo permito. Vamos a...

CAPÍTULO VIII

Cuando llegaron a Oxshott era ya de noche. Viajando sin prisas habían invertido media hora escasa en el trayecto, durante el cual comenzó a llover de nuevo. El pueblecito era una mancha de luz en la oscuridad, que se fue desglosando a medida que se acercaban.

Vieron las formas agudas de algunas torres, altos árboles... Olía a hierba mojada. —Parece un lugar agradable, señor— comentó Archibald.

—Sin duda alguna. Date una vuelta a ver si localizamos el café llamado Goldhand, y así nos evitaremos preguntar.

Se ahorraron preguntar. El café Goldhand, estaba en el centro del pueblo, en una preciosa placita con muchos árboles, que durante el día debían resultar muy agradables, pero que durante la noche parecían grandes sombrillas que privaban a la plaza de buena parte de la iluminación eléctrica. El Goldhand tenía un aspecto muy acogedor, con sus vidrieras de colores hasta media altura, y unas cortinitas encantadoras. Archibald pudo estacionar delante mismo del café.

—¿Me permite el señor disfrutar de su compañía durante la visita al café?

—Desde luego.

Se apearon, y entraron en el café. El mostrador estaba enfrente de la entrada. A la derecha, había varias mesas, ocupadas por algunos hombres, que los miraron con leve curiosidad al observar el elegante atuendo de Archibald, quien, muy ufano, se dio un tironcito de la levita, y se acercó al mostrador, precediendo a su patrón.

—¿Será tan amable de...? —empezó.

La mujer que estaba tras el mostrador, de espaldas al local, se

volvió, y Archibald no pudo decir nada más. Se quedó con la boca abierta, estupefacto, atónito. Alan sonrió, y terminó:

—¿... Servirnos café?

—Con mucho gusto —dijo la mujer, sonriendo.

Se dirigió hacia la cafetera, mirando de reojo al turulato Archibald, que no podía apartar la mirada de su pecho. Un pecho increíblemente desarrollado, descomunal, pasmoso, que llegó a la cafetera un buen rato antes de su propietaria. La cual, evidentemente orgullosa de sus posesiones, las lucía utilizando una blusita blanca de escote tremebundo.

—Sugestivo panorama... ¿No es cierto, Archibald?

—¿Eh...? ¿Qué...?

—Estoy diciendo que vale la pena venir a tomar café al Goldhand.

—¡Oh, sí, señor...! ¿Me permitiría el señor hacer una observación personal?

—Naturalmente que sí. Todos tenemos derecho a decir lo que pensamos.

—El señor es, como siempre, sumamente amable. Yo, señor, sin perder la compostura ni los buenos modales, me permitiría hacer observar al señor la buena calidad, tamaño, configuración, contextura, gallardía, pujanza y brillo de esas dos hermosísimas piezas femeninas que tan generosamente nos están mostrando. ¿El señor lo ha observado?

—El señor no es ciego —rió Alan.

Es evidente que el señor está proyectando proveerse de un material análogo, aunque en menor cantidad, para su uso personal en el apartamento. Me pregunto si el señor tendría inconveniente en que yo me procurase asimismo tan grata compañía para las noches de frío, señor.

Alan volvió a reír.

—Ningún inconveniente —aseguró—. Pero no sabía que fueses aficionado a estas cosas, Archibald.

—Bueno, señor, es una inclinación natural que espero no le resulte demasiado sorprendente, señor. Y siempre con el debido respeto, señor, yo diría que la dama es una jamona que merece toda la admiración de un mayordomo de sanas costumbres...

La dama jamona se acercó, con los dos cafés, y sonriendo,

aunque un tanto mosqueada, seguramente por la risa de Alan. Miró a éste, y luego a Archibald, que parecía dedicarse a tomar completísimas medidas visuales de sus pertenencias pectorales.

—Dos cafés —se esforzó en ser amable—. ¿Algo más?

—En efecto, señorita —alzó un dedo Archibald—. Me estaba preguntando si todas esas posesiones han sido ya acotadas para la caza privada de un afortunado madrugador.

—¿Qué dice? —Se pasmó la camarera.

—Mi amigo —intervino Alan, conteniendo la risa—, pregunta si es usted soltera o casada.

—¿Y qué le importa eso a su amigo?

—Le diré la verdad: vivimos en un apartamento sin calefacción, y él está pensando en procurarse un calor natural y saludable para este frío invierno que se nos está echando encima.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? ¿Acaso tengo aspecto de estufa? ¿O de radiador?

—Todo lo contrario —se apresuró a aclarar Archibald—: mi opinión personal es que usted es una gema iridiscente, de gran tamaño, que alguien dejó caer aquí por imperdonable descuido. Sin embargo, es evidente que el calor de la vida anida en su pecho y en sus grandes y bellos ojos castaños, cuya luz cegadora me está impidiendo localizar mi taza de café.

La dama jamona, que debía tener algo menos de cuarenta años, y que, en efecto, tenía unos ojos espléndidos y una boca grande, roja y sugestiva, sonrió, de pronto.

—Ya sé —dijo—: ustedes se han escapado de un circo. Deben ser los payasos, ¿verdad?

—Está usted —alzó sentenciosamente un dedo Archibald—, ante dos respetables y serios caballeros que, en sus respectivos cometidos, son únicos, excepcionales..., y uno de los cuáles caballeros considera que la ruta de la fortuna existe para todos, después de verla a usted.

—Usted está mochaes —rió la camarera.

—Desafortunada expresión, bella dama, que yo con gusto me dedicaría a corregir a cambio de ciertas concesiones territoriales...

—Escuche, amigo —frunció el ceño la bella jamona—, como broma ya está bien. Tengo aún sentido del humor, procuro ser simpática con todo el mundo, y creo comportarme correctamente.

Pero si cree que porque esté aquí detrás, usted tiene derecho a todo lo que se le ocurra...

¡Qué errónea interpretación de mis intenciones...! ¿Verdad, señor, si me permite solicitar su ayuda?

—Verdad —asintió Alan—. Y cambiando de tema por unos segundos, señora... señora...

—Señorita —refunfuñó la camarera—. Señorita Gloria Wilde.

—Acaba usted de inundar de gozo el corazón de mi amigo, señorita Wilde. Y mientras él se repone de su emocionada alegría, ¿sería usted tan amable de facilitarme una pequeña información que seguramente está a su alcance?

—Jamás he conocido a nadie que hable como ustedes. ¿Debo entender que tiene algo que preguntarme?

—En efecto. ¿Conoce usted a un caballero llamado Richard Swanson?

—¿Swanson...? No... No, seguro.

—Es un señor más bien bajito, orondo, de aspecto bonachón y simpático..., que lleva monóculo. Estuvo aquí hace...

—¡Lo recuerdo! —exclamó Gloria Wilde—. Sí, por lo del monóculo... Un caballero muy amable y educado. Estuvo aquí hace un par de noches... O tres, no recuerdo bien...

—Dos noches —pareció decepcionado Alan—. Y si no recuerdo mal, se entrevistó en este café con otro caballero, que se llama Leonard Barry.

—Sí... Bueno, no sé cómo se llama ninguno de los dos, pero los recuerdo. Estuvieron en uno de los reservados del fondo, y me pidieron que les sirviese allí. El otro, el que no llevaba monóculo, tenía sobre la mesa un librote muy grande, lleno de... Bueno...

—¿Sellos?

—Pues sí... Me parecieron sellos, eso es.

Alan y Archibald cambiaron una mirada de decepción.

—¿Cuánto rato estuvieron aquí? —preguntó Allan.

—Mmm... Una hora, quizá un poco más.

—Cuando salieron del reservado..., ¿quién llevaba el álbum de sellos?

Gloria Wilde guiñó los ojos, en gracioso gesto rememorativo.

—El del monóculo... Sí, el del monóculo.

—¿Qué más hicieron?

—Nada más. El del monóculo pagó, salieron juntos, y eso es todo, que yo recuerde.

¿Por qué pregunta eso? ¿Es importante?

—¿Me permite usted echar un vistazo a los reservados, señorita Wilde?

—Claro. Están a disposición de todos, señor.

Alan hizo un gesto de agradecimiento, y se dirigió hacia los reservados, que estaban a la izquierda de la entrada, todos a un lado de un largo pasillo. No tenían puerta, sino cortinas de terciopelo granate. Dos de los reservados tenían las cortinas echadas, pero los demás las tenían recogidas a un lado. Reservados corrientes, con una mesa larga y tres sillas a cada lado. El pasillo seguía hasta los servicios. Allí había un pequeño vestíbulo, del que arrancaba otro pasillo, mucho más corto, que terminaba en una puerta. Alan la abrió..., y se encontró ante la lluvia, fina y espesa, que caía en un patio en el que se distinguían confusamente diversos objetos. A un lado, cubierta con un plástico, había una bicicleta para mujer.

Cuando regresó ante el mostrador, Gloria Wilde estaba riendo muy divertida al parecer, por algo que había dicho Archibald.

Lamento interrumpirles, pero, señorita Wilde, estoy seguro de que usted tiene que conocer al señor Leonard Barry. Entiéndame: no dudo que desconoce su nombre, pero sin duda podrá usted indicarme dónde vive, o proporcionarme alguna información sobre él. ¿Cierto?

—¡Oh!, eso quizá sí... Creo que vive en una casita a la salida Sur del pueblo. Es una casita muy pequeña, que tiene dos grandes árboles delante, en el jardín.

—¿Cuánto hace que ese señor vive ahí? Quiero decir: ¿es del pueblo?

—No, no... Llegaron hace unas tres semanas, él y su esposa. La señora Hodges les alquiló la casa.

—¿Es la primera vez que vienen a Oxshott?

—Que yo sepa, sí. Y llevo aquí bastante tiempo, por desgracia.

—¿Le gustaría vivir en Londres? —saltó Archibald.

—¿Haciendo de estufa? —rió ella, muy brillantes los ojos.

—Es una actividad digna de todos los elogios —aseguró Archibald.

Alan había sacado unos billetes, que dejó sobre el mostrador.

—¿Será tan amable de cambiármelos por monedas? —pidió.

—Con mucho gusto.

Segundos después, Alan recogía las monedas, muy pensativo.

—Al venir hacia aquí, hemos visto la estación del ferrocarril... Queda algo alejada, como a tres millas... ¿Con qué frecuencia pasan por ella los trenes hacia Londres?

—¡Oh!, tenemos un tren, prácticamente, cada veinte minutos.

—Gracias... ¿Hay inconveniente en que use el teléfono?

—Claro que no.

Alan fue hacia la cabina encristalada en la que estaba el teléfono, al fondo a la derecha. Se encerró dentro, y tras vacilar, introdujo unas monedas y marcó un número.

—¿...?

—Señor Swanson, soy Cooper... ¿Puede dedicarme unos minutos?

—¿...?

—Gracias. Me temo que voy a molestarle un poco, pero no dudo que dará por bien venidas esas molestias... Es sobre los asesinatos que está cometiendo el señor Tamblyn.

—¿...?

—Bueno, verá... Yo tengo una teoría muy interesante al respecto, pero le voy a necesitar a usted para que identifique al señor Leonard Barry, el hombre al que usted compró una colección en Oxshott.

—¿...?

—Sí, sí, estoy en Oxshott, en efecto. He intentado comunicarme con el inspector Woolf, pero no hay modo de conseguirlo. El favor que quiero pedirle es éste: ¿podría usted llegarse a New Scotland Yard, recoger allá al inspector Woolf, y venir los dos a Oxshott?

—¿...?

—No, no Estaré en la casa del señor Barry... Está en la salida Sur del pueblo, es pequeña, con dos grandes plátanos en el jardín.

—¿...?

—Pues haciendo preguntas, evidentemente. Y eso es lo que pienso seguir haciendo cerca de los Barry. Usted vio una mujer dentro del coche, en efecto. Y creo que ahí está la clave de todo..., o parte de ella.

—¿...?

—Mire, señor Swanson, no se lo tome a mal, pero... no he dicho a nadie lo que estoy haciendo, y preferiría guardar la misma reserva con usted. Lo comprenderá, si le digo que quisiera acaparar el mérito de todo esto: no perjudico a nadie, y a mí puede favorecerme mucho profesionalmente, ¿comprende?

—¿...?

—Muy amable. ¿Cuánto calcula que tardarán en llegar usted y el inspector Woolf?

—¿...?

—Bien... En ese caso, esperaré un poco todavía, antes de ir a la casa de los Barry, para darles tiempo a llegar oportunamente. Por favor, no comente esto con nadie a excepción del inspector.

—¿...?

—Gracias, señor Swanson. Hasta luego.

Colgó, salió de la cabina, y quedó pensativo, mirando a Archibald y a Gloria, que reían satisfechísimos. Se fue allá, terminó el café, y se quedó pensativo. De pronto, alzó la cabeza, y vio a Archibald y a la camarera, mirándole fijamente, silenciosos.

—¿Cómo va el asunto de la calefacción? —sonrió.

—Admirablemente, señor... ¿No es maravilloso? Gloria sabe cocinar, limpiar, planchar trajes, cantar y reír. Con el permiso del señor, estaba yo pensando en rescatar a esta perla celestial de tan remoto paradero, y darle un empleo de ama de llaves en nuestra residencia.

—¿Cuál residencia?

—¡Oh, señor...! ¡Ninguno de los dos tenemos la menor duda de que la ruta de la fortuna será hallada muy pronto, y no dudo que en ella construiremos una residencia digna del señor! Y entonces, una casa tan grande, no podría ser atendida solamente por mí... ¿El señor capta?

—Captó —asintió Alan—. ¿Me perdona si me llevo unos minutos a Archibald, señorita Wilde?

—Bueno —rió Gloria—. ¡Si sólo son unos minutos...!

—Los menos posibles —sonrió Alan.

Salieron los dos del café.

Diez o doce minutos más tarde, regresó solamente Archibald, y Gloria, que no perdía de vista la puerta mientras servía en las

mesas, acudió a su encuentro, sonriendo. Pero la sonrisa quedó como petrificada en sus labios al ver la expresión del mayordomo.

—¿Ocurre algo? —musitó.

—Sí —dijo, con voz tensa, Archibald—: Quiero un *whisky* doble.

CAPÍTULO IX

Detuvo el «Morris» delante de la casita en cuyo jardín había, en efecto, dos altos plátanos, casi desprovistos ya de hojas. En la casa había luz, cosa en absoluto sorprendente a las siete y pico de la noche.

Se apeó, y corrió hacia la puerta bajo la fina y espesa lluvia. Llegó bajo el tejadillo de la entrada, y tras unos segundos de espera, pulso el timbre. La puerta fue abierta inmediatamente, por una mujer de alrededor de treinta años, muy bonita, que le miró expectante.

—¿Señora Barry?

—Sí... ¿Qué desea?

—¿Está su esposo en casa? Tengo necesidad de verlo... ¿Es posible? Espero que ya hayan cenado ustedes.

—Sí, pero... Bien, pase. Avisaré a mi marido.

—Muchas gracias.

Lo dejó en el pequeño vestíbulo, y desapareció hacia el interior de la casa. A los pocos segundos, apareció el hombre. Un sujeto alto, de buena facha, en cuyos ojos Alan captó inmediatamente un destello especial, mal contenido.

—Soy Leonard Barry —se presentó—: ¿quería usted verme, señor...?

—Alan Young Cooper. Soy abogado.

—¡Ah! Encantado. ¿En qué puedo servirle?

—Más bien soy yo quien puede servirle a usted, señor Barry.

—¿Sí? ¿En qué?

Alan sonrió secamente, pasó junto a Barry hacia el saloncito, y se sentó en un sillón, mirando a la mujer, que por supuesto había estado escuchando, y cuya expresión era tensa, preocupada casi

angustiosa. Detrás de Alan, fruncida el ceño, entró Leonard Barry, cuya hostil mirada se clavó en el abogado.

—Señor Cooper, su actitud...

—No se la tome a mal, señor Barry. Como le he dicho, estoy aquí para servirle, y creo que eso bien merece una cierta deferencia por parte de ustedes.

—¿En qué puede servirme usted a mí? —insistió Barry.

—Pues, por ejemplo, como abogado defensor cuando se le juzgue por los asesinatos de Tobiah Sterne y Patrick Carlyle.

La mujer lanzó un grito, y se llevó las manos a la boca. Barry, simplemente, palideció.

—Usted está loco —jadeó—. ¡Ni siquiera sé quiénes son esas personas!

—No diga tonterías. ¿Verdad que sí saben ustedes de qué estoy hablando, señora Barry?

—Lo han descubierto —exclamó la mujer—. ¡Leonard, lo han descubierto todo!

—¿Qué es todo, señora Barry?

—Cálmate —dijo, secamente, Leonard—. Deja que me las entienda yo con este inteligente caballero.

—Es usted muy amable —agradeció Alan—. ¿Debo entender que vamos a proceder a una completa explicación de los hechos, con todos sus detalles?

—Una explicación innecesaria, señor Cooper. ¿Para qué necesitan los muertos estar bien informados?

—¿Los muertos? Pero yo no estoy mu...

Alan Young Cooper se calló de pronto, al ver aparecer en el saloncito a otro hombre, armado con una pistola provista de silenciador, con la que le apuntó ostensiblemente a la cabeza, sin decir una sola palabra.

—Lo estará pronto —susurró Barry—. No lo pierdas de vista, Carmody.

Se acercó al teléfono, descolgó el auricular, y marcó un número. Alan movió sólo los ojos, para mirar hacia el disco del aparato, consiguiendo ver el número que marcaba Leonard Barry. Palideció un poco, se mordió los labios, y bajó la mirada...

—Tenemos aquí al abogado Cooper —dijo Barry.

—¿...?

—Sí... Sí, está bien. Por supuesto que lo conseguiremos.

Colgó, y se volvió hacia Alan. Se quedó mirándole fijamente, dura la expresión.

—¿Me permitiría que yo también llamase por teléfono? —pidió Alan.

—Supongo que ésa es una muestra de nuestro famoso humor inglés, señor Cooper.

—¿No me lo permite? Tanto peor para ustedes.

—¿Por qué?

—Porque si yo no llamo por teléfono antes de... —Miró su reloj — doce minutos, las cosas se les van a complicar todavía más. Vendrá la policía.

—Tonterías —sonrió Barry—. Hablemos en serio: nosotros queremos saber qué es lo que usted sabe exactamente de todo esto.

—Sé lo suficiente para que, cuando todo termine, mi fama sea tan considerable que en poco tiempo podré instalar un espléndido bufete, comprarme una casa nueva, y corresponder al cariño que me ha demostrado mi mayordomo durante casi cuatro años. Los clientes acudirán a mi despacho a docenas, a cientos... Y como soy inteligente, y no les defraudaré, en muy poco tiempo seré uno de los abogados más prestigiosos de Londres, luego de todo el Reino Unido, de Europa... Y así sucesivamente, porque gracias a ustedes, estoy de lleno en la ruta de la fortuna. Por supuesto, me habré casado, así que tendré calefacción privada, igual que mi mayordomo, que...

—¿Le parto la cabeza? —masculló Carmody.

—Sólo unos cuantos dientes —puntualizó Barry.

Carmody se acercó a Alan, alzando la pistola. Alan se agazapó en el sillón, como dispuesto a saltar para presentar batalla... Y así estaba cuando Carmody, en lugar de golpearle con la pistola, le propinó un tremendo puntapié en el pecho. Alan lanzó un grito, se puso en pie, pero muy encogido..., y recibió un zurdazo en plena barbilla que volvió a sentarlo. Dentro de su cabeza comenzaron a sonar silbatos, truenos, redobles de tambores, rugido de locomotoras..., mientras miles de lucecitas danzaban y estallaban...

Sacudió la cabeza, la imagen se aclaró, y vio ante él a Carmody, que lo miraba irónicamente.

—Le sugiero que conteste a las preguntas de Leonard, señor

Cooper. Sepa que esto es sólo una muestra de lo que podemos hacer con usted, si no se muestra razonable. ¿Qué sabe usted?

—Como les decía —consiguió pronunciar Alan, con voz acompañada de silbidos—, me habré casado, de modo que tendré calefacción privada. También me compraré un coche nuevo, y un...

—Dale más fuerte —exclamó Barry.

Alan Young Cooper lanzó un grito de miedo, y alzó ambos brazos, en un gesto aterrado, para protegerse la cabeza, mientras Carmody alzaba la pistola sobre ella...

Como se sabe, el exceso de confianza es perjudicial. Hay que esperar siempre lo peor de nuestros enemigos, lógicamente. Pero Carmody no parecía pensar de ese modo, así que, sin ninguna precaución, lanzó el golpe, con fuerza, pensando que si no acertaba en la cabeza a aquel ratoncito asustado, al menos le partiría un hueso de un brazo, con lo que su moral se vendría definitivamente abajo.

Hizo muy mal.

La pistola no dio ni en la cabeza ni en ningún hueso de Alan Young Cooper, porque éste, tras su gesto de sumisión y miedo, alzó el brazo izquierdo, y su mano frenó el golpe, sujetando la muñeca de Carmody, cuyo pasmado sobresalto no duró ni una milésima de segundo, porque simultáneamente recibía en pleno estómago el rechazo de Alan. Un rechazo espantoso, que dejó a Carmody lívido como un muerto mientras caía, hacia atrás, encogido, como si realmente lo estuviera.

Y mientras Carmody caía y la señora Barry gritaba, Alan partía como una exhalación, cabeza por delante, hacia el no menos sobresaltado Leonard, que, reaccionando rápidamente, alzó la rodilla derecha, con la clarísima intención de que Alan se estrellase de cabeza contra ella...

Nuevo desengaño, esta vez para Leonard. Alan Young Cooper no sólo no se estrelló de cabeza contra la rodilla, sino que, deteniéndose en seco, la asió por la corva, la apartó, y propinó un ferocísimo puntapié a Barry entre las ingles, en una perfecta demostración de maniobra para defensa personal. El alarido de Leonard Barry pareció provocar una descarga eléctrica en su esposa, que volvió a gritar, corrió hacia la chimenea, y empuñó el atizador.

—¡Te voy a matar! —chilló agudamente—. ¡Te voy a matar yo

misma...!

Completamente histérica, se abalanzó hacia Alan, que la miraba llegar, muy abiertos los ojos... Esperó a que la mujer descargase el golpe, y en ese mismo instante se adelantó y se inclinó, de modo que debido al fuerte impulso y al fallido golpe, la señora Barry cayó sobre sus hombros y espalda. Alan se irguió, con fuerza, y la enfurecida mujer salió volando, sin dejar de chillar y manoteando desesperadamente en busca de algo a qué asirse.

No encontró nada, y el corto vuelo terminó con ella de cabeza en el sofá, donde rebotó, para caer también de cabeza al suelo, dónde quedó inmóvil..., mientras Alan, con veloz desplazamiento, llegaba junto a Carmody, que estaba a cuatro manos, intentando recuperar la vertical... Un puntapié en plena boca lo tiró de espaldas, y allí se quedó, como muerto.

Alan miró a Leonard Barry, se acercó a él, y lo contempló con desconfianza, cauteloso...

Pero no había cuidado: estaba en una casa, cuyos ocupantes se dedicaban a dormir.

Alan movió la barbilla, y se la tocó cuidadosamente.

—Cuando explique esto, dirán que es otra de mis fantasías —reflexionó—, así que diré que se cayeron ellos solos y se desmayaron. Y la verdad es que ni yo mismo me lo creo.

Arrancó unos cordones de las bonitas cortinas que adornaban las ventanas, y ató con ellos a Leonard Barry y a Carmody, de pies y manos. Luego, con las corbatas de ellos, hizo lo mismo con la señora Barry. Finalmente, con el extremo del atizador pasado por el guardamonte, alzó la pistola, y la llevó debajo del sofá.

Luego se sentó, se pasó las manos por la cara, miró su reloj... Miró también el teléfono.

—No —movió negativamente la cabeza—. No. Todo el mérito es mío, no tengo por qué compartirlo con nadie: que cada cual busque su ruta de la fortuna. Y nada de remordimientos, porque el que se ha jugado el pellejo he sido yo.

Volvió a mirar su reloj, y encendió un cigarrillo. Lo estaba terminando cuando en la puerta de la casa comenzaron a sonar fuertes golpes, acompañados de una potente y estentórea voz:

—¡Abran a la policía! ¡Abran inmediatamente, o la puerta será derribada!

Se puso en pie, fue hacia la puerta, y abrió..., apartándose inmediatamente, de tal modo que Archibald, con la cabeza por delante, inclinado, pasó como una bala junto a él... Llegó al fondo del pequeño vestíbulo, partió un jarrón con la cabeza, cayó sentado, y se volvió a mirar a su padrón, que le contemplaba amablemente.

—Llegas con dos minutos y medio de adelanto, Archibald. ¿A qué es debida esa informalidad?

Archibald se puso en pie, sacudiéndose la ropa y arreglándose el lazo muy cuidadosamente.

—Me temo, señor, que mi reloj adelanta. Espero que eso sirva para obtener las disculpas del señor.

—Y además; vienes sin la policía.

—Envié a mi jamona a por ella, señor. No tardarán, estarán presentándose inmediatamente, de tal modo que Archibald, consideré que, dadas las circunstancias, esto es que usted no me llamaba desde aquí, quizá las cosas estaban mal de verdad, y que esperar el tiempo convenido podría ser una majadería..., con el permiso del señor.

—¿Me estás llamando majadero?

—De ninguna manera, señor. Tengo en gran estima la inteligencia del señor, que considero a muy altos niveles en la escala mental del *Homo Sapiens*. Y yo diría más, si el señor me lo permite.

—¿Qué más dirías?

—Yo diría que la inteligencia del señor ha quedado bien demostrada. Auguro al señor una larga ruta en el más hermoso camino de la fortuna.

—Gracias por tus augurios. ¿Qué es eso de tu jamona?

—He convencido a Gloria para que intente soportar el clima de Londres, señor. Después de explicarle detenidamente lo bien que se puede vivir allá, ha puesto a mi disposición todas sus propiedades, tanto las de la zona Norte como las de la zona Sur..., si el señor me permite expresarme de modo tan descriptivo. ¿Puedo preguntarle al señor qué ha pasado aquí?

—Te lo explicaré por el camino. Volvemos a Londres.

—Pero, señor, Gloria va a venir con la policía local...

—Bueno, meterán entre rejas a éstos, y así los tendrán hasta que reciban más noticias. Mientras tanto, insisto en que no quiero que

nadie me pise el terreno, así que volvemos a Londres... ¡AHORA!

Archibald se dirigió hacia la puerta, y se colocó a un lado.

—Siempre al servicio del señor.

CAPÍTULO X

Richard Swanson acudió a la puerta al oír la llamada, pero, antes de abrir, echó un vistazo por la mirilla gran angular. El rostro que vio, deformado por la lente, le hizo sonreír alegremente. ¿No era formidable? ¡Nada menos que la señorita Owens...!

Abrió la puerta, sonriendo amablemente.

—Señorita Owens, qué sorpresa tan...

Su rostro quedó del color de la leche, su boca abierta en un gesto de incredulidad y terror al mismo tiempo, al ver aparecer por un lado de Melisa Owens a Alan Young Cooper, y por el otro a Archibald.

—¿... Agradable? —terminó Alan.

—¡Eeeh! Sí, sí, muy... muy agradable...

—Es usted muy amable, señor Swanson. ¿Podemos pasar?

—¡Oh, pues...!

—Muchas gracias. Tú primero, Melisa.

Melisa dio un paso adelante, y en ese mismo instante, Richard Swanson dio media vuelta, dispuesto a echar a correr hacia el interior de la casa. Archibald fue más rápido que él: adelantó ambas manos, y asió con la derecha el fondillo de los pantalones de Swanson, y con la izquierda el cuello del batín, con lo que por un momento, las cortas piernas del caballero del monóculo parecieron moverse sobre una banda sin fin...

—Con el permiso del señor, yo diría que el señor Swanson tiene aficiones deportivas.

—En efecto, querido Archibald: estoy seguro de que si le soltases su gordo trasero, correría las mil millas en menos de doce segundos.

—¿Lo probamos, señor?

—No. Llévalo adentro. Y cuidado con él.

Entraron, Alan cerró la puerta, y señaló hacia el saloncito. Sentó cariñosamente a Melisa en un sillón, le besó una mano, y se acomodó en otro, mirando a Swanson apaciblemente.

—Ante todo, señor Swanson, debo decirle que en la universidad no me limité a estudiar, con lo cual, sólo habría conseguido ser un cabezagorda y barrigagorda. No. También hice diversos deportes, a cual más interesante. Por ejemplo: puedo correr al triple de velocidad que usted, y de un solo golpe puedo hundirle el cráneo. ¿Capta?

—Sí..., sí..., sí...

—Archibald: deja de sobar tan desagradable parte anatómica del señor Swanson, pues tengo la certeza de que, en efecto, ha captado mi sugerencia. Ocupe un sillón, señor Swanson, por favor... Como si estuviera en su casa. Y hablando de su casa... ¿Verdad que tiene usted la llave de su bodega?

—Sí... Claro, sí...

—Tenga la bondad de entregársela a Archibald.

—No... ¡no!

—¿Cómo ha dicho?

Richard tragó saliva, introdujo la mano bajo el batín, y sacó una llave, que pendía de su cuello por medio de una cadenita. Archibald se acercó, y se la arrancó de un tirón que sobresaltó al hombrecillo del monóculo.

—¿Me permite el señor que yo mismo elija el vino para esta agradable reunión de excelentes amigos?

—Permiso concedido, infalible mayordomo. Estoy seguro de que elegirás el vino adecuado, al momento, y las circunstancias.

—El señor me honra con su confianza. Espero no defraudar al señor.

Muy dignamente, Archibald abandonó el saloncito, mientras Alan miraba con expresión, más bien perversa a Swanson.

—¿... Y qué, señor Swanson? ¿Se olvidó usted de cumplir el pequeño favor que le pedí antes, por teléfono?

—¡Oh, no...! No, no... Pre... precisamente ahora iba a... a buscar al inspector Woolf...

—No se moleste. —Alan miró su reloj—: El inspector Woolf llegará aquí dentro de cinco o seis minutos, calculo. Debe estar volando por las calles frías y brumosas de Londres, comiéndose las

ñas de impaciencia. SÓLO que, por mucho que corra, yo habré sido el primero.

—¿El... el primero en qué...?

—En llegar ante el asesino de Tobiah Sterne, su querido amigo y socio, y el señor Patrick Carlyle, cuyo puesto en el United Philatelics, ha tenido la desfachatez de ocupar.

Es usted..., increíble, señor Swanson.

—Usted..., usted no sabe lo que dice... Usted...

—Sé muy bien lo que digo. Sólo que no podía decirlo hasta estar seguro. ¿Sabe cuándo comencé a sospechar de usted, señor Swanson? Pues, en cuanto conocí a Melisa. Verá: según parecía, el señor Tamblyn había asesinado al señor Sterne, ¿no es así? Claro, para robarle sus sellos. Admisible, claro. Sin embargo, el mismo señor Tamblyn pudo haber estafado y, también, asesinado a Melisa, puesto que se había vuelto loco, según todos creíamos. Y no lo hizo. Por el contrario, le dijo el valor real de su colección, le aconsejó que pusiese ésta a salvo en una caja fuerte o cualquier sitio seguro, se molestó en reunir veinte mil libras pidiendo dinero prestado incluso a tipos como usted... ¿Y yo iba a creer que un hombre que trata así a una chica sola en Londres, había matado a un amigo y colega, consocio de su club, por unos cuantos sellos? No, señor Swanson: ya no podía creer eso, después de conocer a Melisa y escuchar su historia respecto al señor Tamblyn. Pero aún quise asegurarme más, así que esta mañana, Melisa y el buen Archibald se han dedicado a hacer de detectives, enterándose del paradero de los socios más importantes del club en el momento en que fueron asesinados los señores Sterne y Carlyle, respectivamente. Todos tenían su coartada...

—¡Yo también! —gritó Swanson—. ¡Yo...!

—La única coartada discutible era precisamente la suya, en las dos ocasiones. Claro que lo supo hacer bien. La primera vez, estuvo en el café Goldhand, de Oxshott, con su cómplice Leonard Barry, el cual se había trasladado tres semanas antes allá, con su esposa, precisamente por si, cuando usted pusiera en marcha sus planes, esa coartada era necesaria. Leonard Barry y su esposa, simplemente, dirían que, en efecto, le habían vendido a usted una colección de sellos, y que tal día a tal hora estaba usted con Barry en el Goldhand. Mentira. Usted y Barry salieron por la puerta que da al

patio descubierto del café, en la parte de atrás. Allá, con dos bicicletas, fueron hasta la estación del ferrocarril, cuyos trenes pasan cada veinte minutos. Vinieron a Londres, usted entró en su tienda, mató a su socio, le quitó las llaves, y volvieron a Oxshott, también en tren. Regresaron al reservado sin que nadie se hubiese percatado de su ausencia, se hicieron ver, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera. Luego, usted regresó con su coche a Londres, y fue a la tienda, para descubrir el cadáver. Mientras tanto, los Barry, en su propio coche, iban también a Londres, al domicilio del señor Sterne, con las llaves de éste. Y mientras usted hacia su comedia conmigo y con la policía, ellos se llevaron los sellos, con toda tranquilidad, y regresaron a Oxshott.

—No podrá... probar eso... ¡No podrá!

—¿No? Bueno, les di unos trastazos a sus amigos, los Barry, y a un tal Carmody, que en estos momentos deben estar en manos de la policía de Oxshott. Ya verá como el inspector Woolf sale como un rayo hacia allá, para hablar con ellos.

—No los conozco... ¡Diré que no los conozco!

—¿Cómo no ha de conocer al hombre que le vendió una modesta colección de sellos, preparada por usted para la comedia? Vamos, señor Swanson, formalidad. ¿No comprende que ha perdido la partida? En cuanto al asesinato del señor Carlyle, también lo preparó muy bien. Fue a su casa, y lo mató...

—¡No me acerqué allí! ¡A la hora en que lo mataren, yo estaba cerca del hotel de la señorita Owens...!

—Tonterías... Usted fue a verla, en efecto, en parte por si podía adquirir la colección, aunque fuese matándola. Pero, básicamente, para utilizarla como testigo. Le ofreció cinco mil libras, sabiendo que valía mucho más, y ella se negó. Usted salió del hotel, y cuando volvió, yo estaba allí. Usted se apresuró a dejar bien claro que había estado paseando alrededor del hotel, reflexionando sobre la compra de los sellos de Melisa. Pero no... Donde estuvo usted en ese tiempo fue en casa del señor Carlyle, porque sabía que esa noche, su servidumbre la tenía libre... Lo mató, salió de la casa, y desde un teléfono cualquiera llamó a mi apartamento, fingiendo ser el señor Carlyle...

—¡Eso es absurdo!

—No, señor Swanson... Lo que usted quería era que se

descubriese cuanto antes el cadáver, para provocar el pánico entre los socios del club, con el fin de poder convencerlos para que construyesen allí una caja o cámara acorazada donde se guardarían todas las colecciones. ¿Con qué objeto? Pues, preparar usted y sus cómplices un atraco perfecto utilizando las grandes facilidades que usted tendría para ello, como presidente del club, y robar de una sola vez todas las colecciones. Pero como le digo, yo seguía pensando en el señor Tamblyn: ¿era un asesino el hombre que aconseja bien y honradamente a una muchacha desconocida, sola en Londres, sin amigos, sin nadie en quien apoyarse? La respuesta era lógica: No. ¿Entonces...? Pues muy sencillo: usted tenía prisionero al señor Tamblyn, le extraía sangre cuando le parecía conveniente, y la... colocaba en el lugar del crimen de tumor. Era una sangre fácil de identificar. Y luego, la ausencia del señor Tamblyn, Todo le acusaría a él. ¿No es así, señor Swanson? Pero aquí tiene al chico listo de la partida. —Alan se señaló el pecho con el pulgar—. En cuanto a mi llamada telefónica de antes, fue una trampa, supongo que ya lo ha comprendido. Una trampa en la que usted ha caído de lleno. Incluso le diré que cuando llegué a la casa de los Barry, me di cuenta de que ellos ya sabían que yo iba a ir. ¿Quién les había visitado?

Sólo usted había podido hacerlo. Luego, Barry llamó por teléfono, y yo me fijé en el número, ciertamente, de Londres. Y finalmente, señor Swanson: ¿por qué no está usted en estos momentos camino de Oxshott con el inspector Woolf? Pues, porque creía que yo era tonto, y que ya debía estar muerto, y que nadie más sabía nada de la verdad. ¿A que sí, señor Swanson? Vaya..., ¡se le ha caído el monóculo!

Richard Swanson, desencajado el rostro, pareció no oír ya a Alan Young Cooper. Pero, en efecto, el monóculo había escapado de la zona orbital, y colgaba lanzando reflejos a todos lados..., mientras la adiposa barbilla de su propietario caía sobre el pecho, blandamente.

Durante unos segundos, reinó el silencio en el saloncito.

Por fin, Alan musitó:

—¿Por qué, señor Swanson? ¿Por qué?

—Los quería todos —susurró el hombrecillo—. Usted..., usted habla de su ruta de la fortuna... ¡Yo también quería la mía! ¡Quería

todos los sellos del mundo, todas las colecciones para mí...! Pero no podía comprarlas, no tenía tanto dinero... ¡Y quería esos sellos, los quería, los quería, los quería...!

—Comprendo su anhelo —musitó Alan, impresionado—. Pero no me parece correcta la ruta de la fortuna que eligió usted, señor Swanson. Si todo el mundo obrase así, en un día nos asesinaríamos unos a otros, no quedaría nadie con vida. Cada persona tiene una ruta y unas posibilidades, y hay que aceptarlas. No hay mejor ruta de la fortuna que el trabajo, la honradez, la amistad, la bondad, la profunda alegría de estar vivos y pensar que, mañana, o pasado, o el otro, nuestro esfuerzo tendrá un premio... Ésa es la mejor ruta de la fortuna, ésa es la que hay que seguir, ésa es la que...

—¡Váyase al cuerno, maldito! —barbotó Swanson.

Alan se pasó la lengua por los labios.

—Lo siento, esa ruta no me interesa.

De nuevo quedaron silenciosos. Poco después, oían pasos procedentes de la cocina, y Alan se puso en pie rápidamente. En el salón apareció Archibald, ayudando a caminar a Elmer Tamblyn, cuya palidez era de lo más próxima a la de un cadáver. Alan corrió hacia él, mirando a Melisa.

—¡Llama una ambulancia!

Sentaron a Tamblyn en un sillón, y el hombre los miró mortecinamente, sin comprender, sin darse cuenta de nada.

—Estaba atado como un esclavo, señor —murmuró Archibald—. Por Dios, no entiendo cómo se puede hacer esto con un ser humano... ¡Lo tenía allí, medio muerto de hambre, y desangrándose, sólo para ir obteniendo sangre de él y que lo buscasen por asesino...!

—Señor Tamblyn... Señor Tamblyn, ¿puede oírme? —interrogaba Alan—. No se preocupe, ya está a salvo... ¿Me comprende? Todo ha terminado, señor Tamblyn... Lo van a llevar a un hospital, y pronto se pondrá bien... La señorita Owens le guarda su colección, ¿la recuerda?

Un súbito brillo apareció en los apagados ojos de Elmer Tamblyn, y casi consiguió erguir el cuello.

—La... colección —jadeó roncamente—. Tengo... una colección que..., que..., que...

Melisa colgó, y se quedó mirándolo impresionadísima.

—Ya..., ya envían una ambulancia, ahora mismo, Alan...

Archibald, que estaba pálido, apretó los puños.

—¿Me permitiría el señor romperle la cabeza a este sapo, señor?

—No, Archibald. Ve a la puerta: el inspector Woolf no puede tardar ni un minuto en llegar.

—Obedezco con profundo disgusto al señor, si el señor me permite decirlo.

—De acuerdo, pero obedece.

—Sí, señor. Como mande el señor..., ¡maldita sea mi stampa!

Salió del saloncito. Y, en efecto, ni siquiera habían transcurrido dos minutos cuando regresó, precedido por el muy apresurado inspector Woolf, y más policías de paisano y de uniforme.

—Señor Cooper —dijo sosegadamente el policía, tras abarcar la escena de un vistazo— ¿puedo contar con que me dará una explicación adecuada?

—Tendré mucho gusto en ello, inspector.

—Muy bien. —Woolf se acercó velozmente a Tamblyn, y al ver su estado, exclamó—: ¡Hay que avisar enseguida una ambulancia...!

—Ya está avisada. Me parece que por el momento, lo único que puede usted hacer es detener al señor Swanson: es el asesino que hemos estado buscando. ¿Verdad, señor Swanson?

Éste alzó la cabeza. Tenía los ojos vidriosos, y le temblaban los labios y la papada.

—¿Puedo..., puedo despedirme de mis sellos...?

—No diga tonterías. Sólo son papeles que...

—Por favor... ¡Se lo suplico a todos, sólo mirarlos una vez más, sólo verlos otra vez...! ¡Por favor! ¡Por favor!

Alan miró a Woolf, que tras vacilar, asintió con la cabeza. Hizo una seña a Crane, y éste y otro detective fueron con Swanson, hacia el despacho de éste. Los estuvieron mirando hasta que salieron. Luego, Woolf miró a Elmer Tamblyn.

—¿Es Tamblyn? —musitó.

—Sí. También tengo más trabajo para usted en Oxshott, inspector. Espero que no me guarde rencor.

—No... Bien, yo creo...

El disparo los sobresaltó a todos, incluso a Tamblyn, que lanzó un alarido. Melisa se sentó a su lado, abrazándolo, acariciando al pobre anciano cuyo cuerpo estaba prácticamente sin sangre. Sería

un milagro que sobreviviera.

Alan, Woolf, y los demás corrían hacia la puerta del saloncito, cuando Crane apareció allí, palidísimo.

—¡Crane! —aulló Woolf—. ¿Qué ha pasado?

—Se..., se ha pegado... un tiro en la cabeza, señor... Estaba sacando álbumes, y... y nosotros... no nos dimos cuenta de que... tenía una pistola... Se ha volado la cabeza...

—Decididamente —dijo Alan Young Cooper—, hay personas que no saben elegir la buena ruta. Y algunos, ni siquiera la mala.

ESTE ES EL FINAL

—Pero yo puedo prestarle las veinte mil libras que me pagó ayer el señor Tamblyn —protestó Melisa.

—¡Que no! Ya me han llamado de tres compañías importantes proponiéndome el puesto de asesor jurídico, he tenido que alquilar un despacho en la City para atender a mis clientes... Estoy en la buena ruta. No necesito tu dinero.

—Si me permiten la ingerencia —dijo Archibald—, lo que sí necesita el señor es una estufa, porque está terminando noviembre, y, por el momento, seguimos en este apartamento.

—Si necesitáis una estufa, yo..., yo puedo proporcionárosla... —ofreció Melisa—. ¿A los dos? —Respingó Alan.

—¡Claro!

—Me permito decirle a la señorita que eso no entra dentro de la ética del señor... Ni de la mía. Naturalmente, cuento con el permiso del señor para expresarme en estos términos que considero aclaratorios de un modo definitivo.

—Bien hablado, tío chiflado —dijo Alan.

—Pe..., pero yo..., yo no entiendo por qué...

En aquel momento, sonó el timbre de la puerta, y Archibald se irguió vivamente.

—Con su permiso, señor. Han llamado... Mientras permanezco ausente por brevísimo tiempo del Gran Salón, sugiero al señor que explique a la señorita en qué consiste, exactamente, servir de estufa en esta casa.

—Sugerencia aceptada —rió Alan—. Ve a abrir. En cuanto a ti, pequeña pueblerina de los rojos cabellos y los ojos color del mar, veamos si consigo hacerte entender el asunto de la calefacción privada. ¿Cómo te lo diría...? ¡Caramba, me estás poniendo en un

aprieto! Inclínate, y mientras te muerdo la orejita, te iré explicando el nuevo tipo de calefacción, verdaderamente económico, que tenemos pensado mi mayordomo y yo...

Cuando Archibald regresó al Gran Salón, Melisa estaba sentada en las rodillas de Alan, muy sonrojada, pero con tal expresión de felicidad en su rostro que el mayordomo comprendió que los asuntos de la calefacción iban por buena ruta. Pero los realmente sorprendidos fueron Alan y Melisa, cuando vieron aparecer a la dama de las grandes propiedades pectorales, imposibles de ocultar ni siquiera por el abrigo. Archibald depositó una maleta en el suelo, y en el momento en que abría la boca, Alan exclamó:

—¡Atiza! ¡Lo ha hecho, se ha venido a Londres!

—Espero..., espero no molestar... —dijo, tímidamente, Gloria Wilde.

Ella y Archibald se quedaron mirando fijamente, expectantes, casi temerosos, a Alan Young Cooper, que tras rascarse la coronilla, sonrió de aquel modo que le había proporcionado el mayordomo más económico del mundo, y dijo:

—¡Caramba!, no sería justo que mi mayordomo pasase frío mientras yo pasaba las noches tan calentito... ¿Verdad, Melisa?

—Verdad, mi amor.

—Si el señor y la señorita me lo permiten, voy a mostrarle a mi futura estufa, digo esposa, el cuarto que, por el momento, tendrá que aceptar hasta que el señor compre la casa en Mayfair. Y también me atrevería a sugerir el menú para esta noche, señor, con su permiso.

—Sí, hombre. A ver, a ver...

—Mmm... Yo, señor, prepararía una sopa de pescado selecto, con predominancia de animalitos de caparazón duro, o sea, cangrejos, langostinos, cigalas, almejas y similares. Naturalmente, todo esto acompañado por un buen vino que me permití escamotear de la bodega del malhadado asesino. A continuación, y tras una ensalada en la que abundarían las más finas hierbas y hortalizas diversas, creo que una buena ración de carne de ternera, evidentemente sería lo adecuado... Vino rojo, quizá... Con champiñones y productos aromatizantes y sabrosos de la madre tierra, debidamente aderezados. ¡Oh!, y unas patatitas tiernas, claro está. Sólo como acompañamiento discreto. Sugeriría, aunque ello

implique pecar de glotón, un segundo plato de carne, que podría ser...

Melisa, que miraba sonriente a la estupefacta y maravillada Gloria, soltó de pronto una carcajada.

—En resumen, Archibald: una vulgar sopa de pescado y luego un trozo de carne dura, con cebollas y patatas.

—La señorita está adquiriendo rápidamente el preciado don de la alegría de vivir y de la penetración..., con el permiso del señor.

—Muchas gracias, Archibald. —Melisa besó a Alan en una oreja —. ¿El señor me permite que yo ponga el champaña?

—El señor, hijita, te lo permite todo...

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...